2585

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LA CORTE DE LOS MILAGROS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

Picon

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

20

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae...resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una mala va
Echar por el atajo.

El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españo
Los dos inseparables.
La pesadilla de un caser
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Br
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernand
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdido
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Carid
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (al
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exótica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

LA CÓRTE DE LOS MILAGROS.

LA CÓRTE DE LOS MILAGROS,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL

DE DON JOSÉ PICON.

Estrenada en el teatro de Variedades la noche del 24 de Diciembre de 1862.

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1862.

DEL MISMO AUTOR.

El solteron.
La guerra de los sombreros.
Memorias de un estudiante.
Entre la espada y la pared (silbada).
Anarquia conyugal.
Un concierto casero.
La isla de San Balandran.

Á LUIS DE MADRAZO.

La pintura es hermana de las letras y de la arquitectura: y aunque mi pobre pluma de escritor y mi olvidado tiralíneas de arquitecto no llegarán tal vez á producir nunca una obra digna del poético y religioso pintor de *el entierro de Santa Cecilia*, en gracia al doble vínculo que nos une, acepta la dedicatoria de esta comedia, cuya suerte ignoro.

Tu apellido, ilustrado por una familia entera de artistas insignes, será un talisman para que no silben á tu cariñoso amigo

JOSÉ PICON.

673500

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sinsu permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 19 de Diciembre de 1862.

El Censor de Teatros,

Antonio Ferrer del Rio.

PERSONAJES.	ACTORES.
AURORA.....	Doña Cármen Berrobianco.
DOÑA BELEN....	Doña Manuela Ramos.
LOLA.....	Doña Felipa Orgaz.
RITA.....	Doña Emilia Bernardo.
RIVERA.....	D. Julian Romea.
MENDOZA.....	D. Jorge Pardiñas.
LUIS.....	D. Ricardo Morales.
DON JUAN.....	D. Francisco Oltra.
EL MOZAMBIQUE.	D. Emilio Mario.
DON TIMOTEO...	D. Manuel Lopez Esteso.
UN CRIADO.....	D. Virgilio Zaragozano.

La accion es en Madrid y contemporánea.

ACTO PRIMERO.

Sala elegante y espaciosa en casa de D. Juan.

ESCENA PRIMERA.

LOLA, RITA, RIVERA y LUIS. Ellas sentadas.

LOLA. Le viste ayer dirigiendo
sus yeguas de raza pura,
en un carruaje de mimbres
que arrastran como una pluma?
(Á Rita.)
¡Qué precision en las vueltas
con aquellas cuatro furias!
Todos en la Castellana
le admiran y le saludan.

RIVERA. Pues enfrente del Congreso,
le ví yo colmar de injurias.

RITA. ¿Por qué?

LOLA. ¡No lo aguantaria!

RITA. ¿Y quién le insultó?

LOLA. ¡Gentuza!

RIVERA. Si Luis no llega tan pronto (Señalándole.)
allí mismo le desnucan.
Atropelló, yendo á escape,
á una anciana sordo-muda.

LOLA. ¡Pero él es tan generoso!...

RITA. ¡Y tiene tanta!...
RIVERA. Si, mucha... (Con mofa.)
LOLA. ¡Oh, de seguro, ya ha hecho
esa mujer su fortuna!...
¿Y la mató? (Con fria curiosidad.)
RIVERA. Le pasaron
(Con indiferencia irónica.)
las ruedas por la cintura.
LOLA. ¿Ya sabrás lo que hizo el miércoles
en la rifa de la Inclusa?
RITA. No.
LOLA. Pues hija, no le iguala
ni el emperador de Rusia.
Estaba el salon brillante;
eran las subastas últimas,
y allí se veian todas
las aristocracias juntas,
y las personas de rango,
que la España entera ilustran.
LUIS. ¿Estabas tú? (Señal negativa de Rivera.)
Yo tampoco.
RIVERA. (Pues entonces somos chusma.)
LOLA. La de Gil, vendia flores; (Con suma frivolidad.)
la de Oscuromonte, frutas;
pasteles y emparedados
Caralampia Villaescusa;
la marquesita del Chorro
daba vueltas á la urna
y escribia en un gran libro
la baronesa de Andújar,
mientras conmovia Aurora
á todos, *haciendo* música;
pero esa música clásica
que el vulgo estólido escucha
y á las gentes distinguidas
hace llorar de ternura.
RIVERA. (¿No lloras tú?) (Señal negativa de Luis..)
(Yo tampoco.)
LUIS. (¡Entonces somos gentuza!...)
LOLA. De pronto, hay un movimiento,
un sordo rumor circula
y miradas de sorpresa

por todas partes se cruzan.
¡Era él!... Era Mendoza
seguido por una turba
de lacayos, que llevaban
dos grandes jarras etruscas
de porcelana de Sevres,
cajas con quesos y trufas,
canastillos de botellas
de Rin y de Siracusa,
y dos cuadros de Vandyck
que valen una fortuna.
Como su casa es pequeña,
los trastos viejos le abruman,
y llevó esa limosnita
á los niños de la Inclusa.

RITA. Quien su dinero asi emplea,
(Con entusiasmo.)
es muy noble...

RIVERA. ¿Quién lo duda?

RITA. ¡Qué sentimientos!... ¡Qué rasgos!...

LOLA. ¡Y qué caridad!... (Con vehemencia.)

RIVERA. ¡Tan pública!...
(Ellas hablan sin oir á Rivera.)
Ayer le ha visto el portero
echar á una pobre viuda
que le pidió una limosna:
estaba el portal á oscuras.
(Y en cambio, tira pesetas
desde el coche á los granujas.)

RITA. ¡Ese hombre es un Montecristo!

RIVERA. Pues de muy poco se asustan;
el duque de Villafea
le ganó la noche última
un capital á los dados.

LUIS. Dejémonos ya de burlas. (Impaciente.)
¿Quién es al fin ese hombre
que á derrochar se apresura,
como ansiando llegar pronto
á una pobreza que busca?
¿Tiene minas en Australia,
ó acaso ingenios de azúcar?
¿Ha inventado algun ictíneo,

que del fondo del mar suba
los ignorados tesoros
que las borrascas sepultan?
¿Fabrica moneda falsa,
ó todos los males cura,
ó vende algun específico
para quitar las arrugas?

RIVERA. Don Francisco de Mendoza
Valcárcel y Cumbreaguda,
veinte años hace, llamado
Pancho Mendez, en la Almunia,
el tirano de la moda,
esa impasible figura
que asoma entre espesa barba
su palidez taciturna,
es un hombre indescifrable,
que todos en vano estudian [1].
Errante y cosmopolita,
ningun vínculo le anuda
á los pueblos que atraviesa
como un cometa en su fuga,
dejando en pos los girones
de su opulencia infecunda.
La primavera en Italia
y los veranos en Prusia,
los inviernos en Madrid,
en todas partes deslumbra
con su lujo y sus banquetes,
que aceptar nadie rehusa.

LUIS. Porque aqui y en todas partes,
al comer, nadie pregunta

---

1 Esta descripcion, alterada por exigirlo el Censor, decia así:

Don Antonio de Mendoza
Valcárcel y Cumbreaguda,
veinte años hace, llamado
Anton Mendez en Sanlúcar,
el tirano de la moda,
esa tétrica figura,
que asoma entre negra barba, etc.

la historia del que convida,
si los manjares le gustan.

RIVERA. No tiene fincas ni rentas,
ni en nada grave se ocupa,
ni se conoce su patria,
ni le sobra el tiempo nunca.
Tiene palco en los teatros
y es el rey de las tertulias,
el dios de las grandes damas
y el consuelo de las viudas.
Que no respetan los ojos
de ese hombre, mujer alguna,
por elevada que sea,
por excepcional su altura.
Nadie en gastar le aventaja,
siempre el escándalo busca,
y duro en las emociones,
con igual prisa madruga
para batirse en un duelo
que á jugarse una fortuna.
Si de famlia carece,
de amigos tiene una turba:
¡bien cultiva sus estómagos!...

LUIS. No hay tierra que dé mas fruta.

RIVERA. El caballero Mendoza
entiende la hambricultura.
No tendrá minas de oro,
mas lo que no admite duda
es que vive á lo monarca:
todos le miman y adulan;
que presente en todas partes
con su tétrica figura,
nadie en Madrid, sin embargo,
nadie á ese hombre le pregunta
quién es ni de dónde viene:
gasta, brilla, goza y triunfa;
todas las puertas se le abren
y todos su amistad buscan.
Esfinge contemporánea,
no encuentra quien le traduzca,
pero para mí... en secreto... (Con misterio.
debe ser...

LOLA. ¡No admite duda!...
Ó principe destronado...
RIVERA. Ó caballero de industria.
LUIS. Cuántos en Madrid conozco
de la misma catadura!...
¡En cuántos coches del Prado
se fija la atencion pública
queriendo hallar una historia
que sus cristales ocultan!
RITA. Gracias á Dios que acabaste
(Á Aurora que llega.)
de dar tu leccion de música.

ESCENA II.

DICHOS y AURORA, por la izquierda.

AURORA. Les hice esperar!... lo siento
y mil perdones les pido.
(Cariñosamente.)
RIVERA. Yo me voy. (Cogiendo su sombrero.)
LUIS. Yo me despido. (Id.)
AURORA. Señores, no lo consiento.
(Quitándoles los sombreros.)
¡Son ustedes muy uraños!
LUIS. (Á Rivera.)
Puesto que lo quiere Aurora...
AURORA. (Con autoridad cómica.)
Mando cual reina y señora,
que hoy cumplo veintidos años.
LOLA. Harta estarás de etiquetas
y de visitas?...
RIVERA. ¡Y es justo!...
(Con malignidad, mirando á Lola y Rita.)
AURORA. (Mirando á Luis.)
Tuve pocas de mi gusto,
y en cambio, muchas tarjetas.
LOLA. ¿Las hay de retrato?
AURORA. (Señalando la mesa.) Sí.
LOLA. (Con alegria, cogiendo una tarjeta.)
¡Y está Mendoza!
RITA. ¡Qué gozo!...

LOLA. ¡Qué elegante!...
RITA. ¡Qué buen mozo!
AURORA. (Con indiferencia.)
No me lo parece á mí.
LOLA. ¡Tiene un *chic* tan excelente!
RITA. Y se le atribuyen cosas
que parecen fabulosas.
AURORA. Pues oid la mas reciente.
(Se agrupan con curiosidad.)
Peinándome sola estaba
en mi tocador ayer,
cerca del anochecer,
y en el espejo encontraba
tan escasos mis hechizos,
que para no estar hoy fea
(Mirando á Luis.)
tuve la pueril idea
de ir á cogerme los rizos.
Llamé, pero nadie oyó,
mi doncella no acudia,
y llamando, en mi porfia,
hasta el timbre se rompió.
Salí pidiendo papel
con impaciente arrebato
al gabinete inmediato,
y Mendoza estaba en él.
Ponderó mi cabellera,
hízome ruborizar,
y se apresuró á rasgar
las hojas de su cartera.
Pero al ir esta mañana
mi buen padre á darme un beso,
me ha creido en su embeleso
emperatriz ó sultana.
Mi diadema, en fondo blanco,
vió con remates pajizos:
los papeles de mis rizos
eran billetes de banco!...
LOLA. ¡No sabes lo feliz que eres!
AURORA. ¡Yo!... ¿por qué?...
RITA. ¡Porque te adora!...
LOLA. Te van á envidiar ahora

en Madrid muchas mujeres.
¡No hablo por nosotras dos!...
¡ya ves!... ¡el mundo es tan ancho!...

RITA. ¡Ponte guapa!

LOLA. ¡Afila el gancho!

RITA. ¡Maréale bien, por Dios!...

LOLA. ¡Si aprovechas los momentos
tendrás un lujo que asombre!...

RIVERA. (Con ironia.)
¿Cómo no querer á un hombre
que usa tales argumentos?...

AURORA. No vayan á convencerme (Amable.)
de que intentan ultrajarme:
cuando yo quiera casarme, (Severa.)
no necesito venderme.
Sobrado rica soy yo
y á tal idea me asusto:
podré casarme á mi gusto,
mas por vil interés, no.
Si un pobre me hubiera amado,
pobre habiéndome creido,
(Con intencion, mirando á Luis.)
no le diera yo al olvido
por Mendoza coronado.

LUIS. (¡Me ama!...) (Con alegría.)

AURORA. Y á la verdad,
¿qué hay aqui despues de todo?
que Mendoza, de este modo,
hace una gran caridad.
Él de su dinero abusa,
y yo corregirle quiero,
enviando su dinero
á los niños de la Inclusa.

LOLA. ¡Mereces besos y abrazos!...
(Acariciándola con gazmoñeria.)

RITA. ¿Son muchos billetes? (Con mucha curiosidad.)

AURORA. No:
mi padre se los llevó
para unir bien los pedazos.

LUIS. (Qué corazon tan sencillo!...)

RIVERA. ¡Pues si los tiene D. Juan!... (Con énfasis.)
(tarde los arrancarán (Transicion.)

los pobres, de su bolsillo!...)

ESCENA III.

DICHOS, D. JUAN por el fondo.

JUAN. Felices dias, señores.
LUIS. Muy buenos.
RIVERA. ¡Venga esa mano!... (Dándosela.)
JUAN. ¿Dónde estan mis dependientes?...
(Señalando al fondo.)
AURORA. Como es hoy mi cumpleaños, (Con timidez.)
no quise que trabajaran.
¡No se enfade usted!... (Con mimo.)
JUAN. Me enfado.
Con esas necias bondades,
das alas á dos bigardos.
AURORA. Pero...
JUAN. ¡Calla: yo he barrido
tres almacenes de paños!...
RIVERA. (Ya se conoce.) (Á Luis.)
JUAN. Yo tuve
que medir con estas manos,
todo el vino que bebieron
las tropas del rey Don Cárlos.
Yo hice á fuerza de sudores
mi fortuna cuarto á cuarto,
hasta que á ser he venido
banquero y apoderado
general, aqui en la córte,
de muchos ricos indianos.
Por esto solo, hija mia,
te persiguen mas de cuatro (Mirando á Luis.)
osos de todas especies,
en coche, á pié y á caballo,
á ver si contigo logran
mesa, mujer y cigarros.
AURORA. (¡Por Dios, papá!...)
RIVERA. (¡Qué lenguaje
tan culto!...) (Á Luis.)
LUIS. (Hay que dispensarlo.)
RITA. (¿Qué te parece?)

LOLA. (¡Este hombre,
está cada vez más bárbaro!...)
AURORA. ¿Se acordó usted de mi antojo?...
(Acariciándole.)
¡el album!...
JUAN. Cuesta muy caro,
porque está lleno de sépias
hechas por los presidiarios
de Liverpool y me piden
cinco mil reales
RIVERA. ¡Qué escándalo!... (Ironia.)
AURORA. ¡Pero mas vale su hijita!...
¿le comprará?...
JUAN. Ni pensarlo;
te compraré un buen vestido.
AURORA. Tengo diez, que no he estrenado.
(Enfadada.)
LOLA. (¡Lo dice porque rabiemos!...)
RITA. (¡Claro está; por humillarnos!...)
AURORA. Bastaba que me ocurriera
un capricho en todo un año,
para que cinco mil reales
le impidiesen realizarlo.
JUAN. ¡Un album!... para que vengan
melenudos poetastros
á pedir thé por las noches
y perpetrar versos malos!...
¡Á que pintores y músicos
entren aquí por asalto!...
Huye, como de la peste,
de artístas y literatos:
no quieras ver en tu casa
un reñidero de gallos,
que no puede haber dos juntos,
sin estarse devorando.
UN CRIADO. Á la señorita Aurora
han traido este regalo.
(Dos macetas de china con flores naturales. Ella lee la tarjeta puesta encima.)
LUIS. Perdone usted si no es digno...
AURORA. ¡Don Luis, todo lo contrario!...
¡qué bonitos pensamientos!...

LOLA. Y en este mes, son muy raros.
AURORA. ¡Mas que usted, se acuerdan todos
de celebrar hoy mi santo! (Á su padre.)
(Se gasta por obsequiarme, (Para sí.)
lo que en un mes ha ganado!...)
JUAN. (Este siembra pensamientos, (Para sí.)
por ver si coge garbanzos.)
AURORA. Me tiene usted enfadada!...) (Á Luis.)
LUIS. (¿Por qué? la causa no alcanzo.)
AURORA. (Para probar que me quiere,
no necesita regalos.)
JUAN. (Interponiéndose entre Aurora y Luis, muy escamado de verles hablar á hurtadillas.)
¿Saben ustedes que nombran
á Mendoza diputado
y que tambien va á cruzarse
caballero de Santiago?
RIVERA. ¡Es natural!... (Irónicamente.)
AURORA. Á propósito:
¿y los billetes de Banco?
JUAN. Ganó ayer en las carreras
tres premios con sus caballos.
AURORA. ¡Pero, papá!...
JUAN. ¡Bravo jóven!...
¡llegará á puestos muy altos!...
¡qué talento!... ¡qué osadia!...
y en cuanto á gastar... qué rasgos!
AURORA. Mas su vida es un misterio
y su opulencia un arcano.
LUIS. ¿Es banquero ó comerciante?...
contratista ó propietario?...
¿En dónde tiene Mendoza
sus rentas ó sus estados?...
AURORA. ¿Cuál es al fin, el orígen
de sus locos despilfarros?...
RIVERA. ¡Estan ustedes, señores,
en un lamentable atraso!...
Si fueramos tales cosas
á cada cual preguntando,
entonces, se quedaria
medio Madrid despoblado.
Doce mil reales de sueldo

tienen algunos al año,
y su mujer, en un traje
suele gastar veinticuatro.
Tal marqués tiene un majuelo,
que produce mil ducados,
y vive con tres carruajes
y vá á Francia los veranos.
En Madrid, por cada esquina,
cada calle, á cada paso,
se encuentran estos prodigios,
que son vulgares milagros,
y el siglo exige que á todos
dejemos pasar de largo,
si no salen á un camino
con un trabuco á robarnos.
Al mirar un hombre nuevo
en la ciudad ó en el campo,
ayer decian: «¿de dónde?»
pero hoy se pregunta: «¿Cuánto?»

AURORA. El arte de esos prodigios
sírvase usted explicarnos.

RIVERA. Cada cual tiene su crédito
á medida de sus gastos,
y del uno y de los otros
el hombre es dueño arbitrario.
Si usted quiere gastar mucho,
como el crédito es elástico,
lo estira y quedan iguales
el crédito con el gasto,
y cuanto mas gasta un hombre,
su crédito está mas alto.
Si para gastar es tímido,
su crédito está mas bajo.
Sube el uno y sube el otro,
ó baja, y bajan entrambos:
por eso, quien poco gasta,
no halla quien le preste un cuarto,
y el gastador, siempre encuentra
muchos que pagan sus gastos.
Con las inmensas ventajas
que produce el libre cambio,
desde que el crédito abunda,

se paga poco en metálico.
Aqui no se prende á nadie
por deudas, precepto sabio,
que ha convertido la España
en el pueblo mas barato,
y hoy Madrid es, sin disputa,
la córte de los milagros.

CRIADO. Esta caja, señorita,
para usted me han entregado. (Váse.)

AURORA. ¡El album!... Papá querido,
(Besándole con alegria.)
me estaba usted engañando!...

JUAN. ¡Te juro!...

AURORA. ¡Hay una tarjeta!... (Con alegria.)
¡de Mendoza!... (Con profundo disgusto.)

JUAN. ¡Qué muchacho!...

LOLA. ¡Hija, te colma de obsequios!
(Corriendo á ver el album.)

RITA. Gasta como un potentado. (Id.)

JUAN. Si á algun otro le ocurriera
(Con intencion.)
hacerte un obsequio análogo,
tendria que... *Verbi gracia*,
defender pleitos un año. (Por Luis.)

AURORA. Para estimar los obsequios
que sin merecer alcanzo,
solo miro de quién vienen
y nunca lo que han costado.

LUIS. Muchas gracias, señorita;
aunque no soy millonario,
gano lo que necesito
con mi público trabajo.
(Con intencion.)

ESCENA IV.

DICHOS, D. TIMOTEO, por el fondo.

TIM. Dios guarde á ustedes, señores,
y á la niña de los años.

JUAN. ¿Encontró usted á Mendoza?

TIM. No, señor, y me ha extrañado
ver en su casa un desórden...
tan original y raro...

JUAN. ¿Qué ocurre?
TIM. Figúrense
en la sala seis criados,
todos á la par bebiendo
y todos á un tiempo hablando:
la cocinera acostada
en un sofá de damasco;
con un cuchillo, el cochero,
está picando tabaco
sobre las flores de nacar
de un velador maqueado,
y delante de un espejo,
un pinche con tres lacayos
se entretienen en probarse
varios gabanes del amo.
RIVERA. Embalsame usted la escena
con humo de los cigarros.
TIM. Es cierto.
RIVERA. Dar es preciso
ambiente propio á los cuadros.
JUAN. ¡Bribones!...
LOLA. ¡Pillos!...
RITA. ¡Infames!...
RIVERA. ¿Qué ven ustedes de extraño?
él abandona su casa
y la cuidan sus criados.
JUAN. ¿Qué motivo?
RIVERA. ¡Friolera!
¿No lo saben?
LOLA. Lo ignoramos.
Como usted es en Madrid
La Correspondencia andando
y el monopolio disfruta
de los partes telegráficos,
se rie usted de nosotros.
JUAN. ¡Hable usted pronto!
TIM. ¡Sepamos!...
RIVERA. Grande noticia, señores.
(¡Verás el efecto que hago!) (Á Luis.)
¡Don Francisco de Mendoza,
tiene el cólera, es un caso!
TIM. ¿Se casa?
RIVERA. Sí: contra quién

no he podido averiguarlo.

JUAN. (¡Qué desgracia!)

AURORA. ¡Lo celebro! (Con sinceridad.)

LUIS. (¡Respiro á gusto!)

LOLA. (¡Qué chasco!)

(Á Rita por Aurora.)

RITA. ¿Quién será la afortunada? (Con envidia.)

RIVERA. Á mas no llegan mis datos.

(Todos le rodean y oprimen.)

RIVERA. Pues no he podido encontrarle,
porque salió muy temprano;
pero durante su ausencia,
recibieron sus criados,
que se encuentran poseidos
de un súbito terror pánico,
trajes, telas y aderezos
de valor extraordinario;
en fin, un *trousseau* de boda
monumental, soberano.
Se ignora quién es la víctima,
pero está puesto el cadalso.
Deben ser grandes sus crímenes:
¡recemos por ella, hermanos!

(Elevando los brazos al cielo.)

JUAN. (Venga usted al escritorio.) (Á Timoteo.)

TIM. (Tenemos que hablar despacio.)

(Váse con D. Juan.)

AURORA. (¡Ya estará usted mas tranquilo!)

(Con cariño á Luis.)

LUIS. (¡Aurora, quiero á usted tanto!...)

LOLA. (¿Con quién será?...) (Á Rita.)

RITA. (Con gozo.) (¡No es con ella!...)

LOLA. ¿Y te han hecho mas regalos?

AURORA. En el salon tengo muchos.
¿Quereis verlos?

LOLA. Pues es claro.

RITA. (¡Está furiosa!...) (Á Lola.)

LOLA. (¡Que rabie!...) (Á Rita.)

AURORA. ¿Vienen ustedes?... (Á Rivera y Luis.)

LUIS. Ya vamos.

(Deteniendo á Rivera. Vánse por la izquierda Aurora, Lola y Rita.)

ESCENA V.

RIVERA y LUIS.

LUIS. La amo con idolatría, (Con calor.)
en mi amor ella se goza,
y en casándose Mendoza,
al fin llegará á ser mia.

RIVERA. ¡Pobre Luis!... siento en el alma
que seas tan visionario;
pero, chico, es necesario
que me escuches, y con calma.
En España como en Flandes,
en Filadelfia ó en Roma,
las mujeres, es axioma
que todas son niños grandes.
Todas confian su suerte,
su porvenir y su amor,
en el que baila mejor
ó en el que mas las divierte.
Para casarse, jamás
sus novios han comparado:
despues de haberse casado,
comparan ya mucho mas.
Siendo tan loco su amor,
querido Luis, no te asombres,
la mujer, en cuanto á hombres,
suele escoger lo peor.
Y tú, que á ser te propasas
de los amantes de Aurora
el único que la adora,
con ella, Luis, no te casas.
Sé que te haré mucho daño,
pero tú á ciegas caminas,
y si en amarla te obstinas,
espera un gran desengaño.

LUIS. ¡Ten mas caridad, por Dios!...
mira que raya en mania
tu cruel filosofía
de viejo guardia de corps.

RIVERA. Tu padre murió á mi lado
en el sitio de Morella,

y nuestro cariño sella
la sangre de un buen soldado.
Pobre Luis, te quiero mucho,
y jamás te mentiré,
pero por tí quemaré
hasta el último cartucho.

LUIS. Pues tú, que tan bueno eres,
has de confesar ahora
que no es muy frívola Aurora,
ni lo son muchas mujeres.
No es en ellas el amor,
como en nosotros, durable;
pero, chico, es indudable
que saben amar mejor.

RIVERA. Jugar con los hombres ves
á todas, como á las cartas:
ganan siempre, se ven hartas
y nos arrojan despues.

LUIS. ¡Tu mordacidad destroza
todo el bien que ella me ha hecho!...

RIVERA. ¡Te hablo asi, porque sospecho
que se casa con Mendoza!...

LUIS. ¡La estás haciendo un ultraje!...

RIVERA. No: conozco las mujeres.
¿Cómo compararte quieres
con él, que es un personaje?... [1]

---

1 El Censor ha suprimido arbitrariamente, y excediéndose de sus atribuciones, á juicio del autor, estas tres redondillas:

RIVERA. ¿Cómo ostentar en tu ropa,
por mas que el ingenio aguces,
todas las placas y cruces
conocidas en Europa?
Lleva rusas en Berlin,
en San Petersburgo inglesas,
en Dinamarca francesas
y españolas en Turin.

LUIS. Y con esta muy extraña
manera de combinar,
le vemos aqui llevar
todas, menos las de España.

¿La risa no te retoza
al contemplar lo que ves?...
¿Qué pueblo es este, donde es
hombre importante Mendoza?
¡Donde el que humilde nació
se añade dos ó tres nombres!...
¡Donde se afeitan los hombres
un dia sí y otro no!...
Tú eres modesto, sencillo,
y el oropel vale mas:
aqui, nunca pasarás
de ser... un abogadillo.
Si tú no tuvieras modo
de vivir, ni vida honrada,
podias, no siendo nada,
aspirar á serlo todo.

LUIS. ¡Estás en abierta lucha
con la razon!

RIVERA. Pobre amigo,
te probaré lo que digo.

LUIS. ¡Imposible!... (Volviéndole la espalda.)

RIVERA. Pues escucha.
Con Juan Peralta estudié
en Madrid, y cada cual,
como siempre es natural,
por su camino se fué.
Abogado sin clientela,
dejó Peralta esta villa,
y al año le ví en Sevilla
primer tenor de zarzuela.
Despues me voy á Tetuan,
porque viajar es mi centro,
y al desembarcar me encuentro
allí de cónsul á Juan. [1]
Algunos meses pasados,

---

1 Esta redondilla, estropeada por exigirlo el Censor, decia:
Poco despues, voy á Malta,
porque viajar es mi centro,
y al deeembarcar, me encuentro
de cónsul á Juan Peralta.

vuelve en Cádiz mi estupor:
Peralta era celador
de faroles y empedrados.
Y al fin, en pocas semanas
ví á Peralta comerciante,
cónsul, bailarin, cantante
y visitador de aduanas.
Para colmo de emociones,
cuando años há se fundó
la Guardia Civil, mató
junto á Madrid seis ladrones.
Quiso el pueblo ser testigo
y corrió á ver tanto muerto;
yo tambien: estaba cierto
de encontrarme algun amigo.
Tal fué: por desgracia mia,
ví pasar, sin saber cómo,
á Peralta, sobre el lomo
de una ruin caballeria.
Y es una verdad probada,
pues tantos Peraltas vemos,
que aqui los hombres valemos
para todo y para nada.

ESCENA VI.

DICHOS, DOÑA BELEN, con velo echado, apoyada en el hombro del MOZAMBIQUE por el fondo: el negro trae un gran ramo.

BELEN. Cabayero, bueno dia.
RIVERA. Señora, á los pies de usted.
BELEN. ¿Dónde etá chinita Aurora?
RIVERA. Hace un momento se fué
(Indicando la izquierda.)
al salon con las vecinas.
BELEN. Le vengo un ramo á traé,
po ser hoy su natalisio,
y á depedime tambien.
RIVERA. ¿Se vá usted, señora?...
BELEN. Á Italia,
que ete frio e muy crué.
RIVERA. (Burlándose.)

¡Usted siempre tan hermosa!...

BELEN. Rivera, convido á uté
á comé po despedida.

RIVERA. Señora, tengo que hacer.

BELEN. ¡Siempre ecusa, niño ingrato!
queriéndole yo tan bien...
Ya no baja po la noche
á mi patida.

RIVERA. Ya iré.

BELEN. Y etá mu fuete: ¡Mendosa
yevó un gope muy crué!...

RIVERA. ¿Ha perdido?... (Con interés.)

BELEN. ¡Etá arruinado!...
Hata luego.
(Váse por la izquierda con el negro.)

RIVERA. Hasta despues.
(Besándola la mano.)

ESCENA VII.

RIVERA y LUIS.

RIVERA. De esa noticia depende
que te cases con Aurora.
¿Conoces á esta señora? (Remedándola.)
(Señalando la izquierda.)

LUIS. No.

RIVERA. Pues escucha y aprende.
Cajon de vicios y trampas,
es un gran tipo quizá
doña Belen Panamá,
vizcondesa de las Pampas.
Su belleza en el crepúsculo,
entre la noche y el dia,
y su historia llenaria
un folletin, ó un opúsculo.
Todo en ella son afeites,
polvos, barniz y apariencia
y desliza su existencia
entre el juego y los deleites.
Si la pereza le abruma,
meciéndose en una hamaca,

pide á un negro la petaca,
le rascan los pies y fuma.
Hace viajes frecuentes
á Paris por primavera,
á comprarse una cadera
ó algunas cajas de dientes.
Bebe aguardiente de caña,
si anda, le duelen los pies,
y al leventarse, á las tres,
en leche fresca se baña.
Es jamon, pero en cecina,
y su edad indefinible:
al natural, es horrible,
pero pintada, divina.
De noche, á la luz del gas
ó al resplandor de la luna,
no existe mujer alguna
que al hombre impresione mas.
De dia, quien la contemple,
¡oh, poder del específico!
vé un cuadro, pero magnífico,
pintado al pastel y al temple.
¿Qué extraño que fragüe un cisma
la calumnia en contra de ella,
cuando al pintarse tan bella
mas se calumnia á sí misma?

LUIS. ¿Y tú en su casa has jugado?
¡qué relajacion!... ¡qué oprobio!...

RIVERA. Pues si logras ser... su novio,
vivirás muy bien cuidado.
Allí reina el pantalon;
tan solo hace buenas migas
con hombres: no tiene amigas,
pero amigos, un millon.
Allí jugando amanecen
ella con sus cortesanos:
muchos ociosos indianos
que en la villa se establecen.
Y allí, tristes ó contentos,
pero en el jugar conformes,
arriesgan sumas enormes
al *pecado* y á los *cientos*.

LUIS. ¡Y allí gozan, rien, cantan!...
¡entre qué gentes vivís!...
RIVERA. Eres aun muy niño, Luis,
y estas costumbres te espantan.
No formes severos juicios,
que yo me curo en salud,
y aprecia mas la virtud
quien mas conoce los vicios.

ESCENA VIII.

DICHOS, D. JUAN y D. TIMOTEO, por el fondo.

JUAN. ¡Si invirtiera cien mil duros,
era un negocio soberbio!...
me hacia rey de la Bolsa,
amigo don Timoteo.
TIM. ¿Cómo?
JUAN. Jugando á la baja.
TIM. ¿Aun mas?
JUAN. Todo mi dinero.
RIVERA. ¿Está usted loco?
LUIS. ¿Es posible?
JUAN. Señores, estoy muy cuerdo.
Yo bebí en mejores fuentes
las noticias del momento
que ustedes, al fin extraños
á la ciencia del comercio.
RIVERA. Consulte usted á los hombres
de corazon y talento,
escritores, periodistas...
JUAN. ¿Los que no tienen dinero?...
discurren perfectamente,
pero dan malos consejos.
¿Por qué á nuestras puertas llaman
mil artistas y autorzuelos,
y á las suyas pocas veces
van á llamar los banqueros?
RIVERA. Porque escritores y artistas
aprecian bien el dinero,
y ustedes rara vez saben
apreciar bien el talento.

ESCENA IX.

DICHOS, DOÑA BELEN, apoyada en el hombro del MOZAMBIQUE, entra, se sienta en una butaca y despide al negro con un ademan.

BELEN. Don Juan, nesesito hablále
con urgensia uno momento.
Si lo señore permiten...
RIVERA. Vámonos. (Á Luis.)
JUAN. Don Timoteo,
espere usted en la sala.
(Váse Timoteo por la izquierda.)
RIVERA. (Será tu enemigo acérrimo
el padre.)
LUIS. (Ya lo presumo.)
(Vánse por la izquierda.)
JUAN. Á sus órdenes me ofrezco.
(Ya solo con Belen.)
BELEN. Como yo vivo solita
con siete criado negro
y en Madrí se ha pervertio
tanto el servisio dométicо,
y uté me ha tenio siempre
mu bien guardao mi dinero,
vengo po cinco mil duro
pa un viaje de recreo.
JUAN. ¡Los únicos que le restan
de un millon, en año y medio!
BELEN. ¡Buen paso yevó!... (Llorando.)
JUAN. Señora,
por su porvenir lo siento.
BEUEN. Tome el resibo.
JUAN. Al instante
mandaré á don Timoteo
que lo lleve.
BELEN. ¿Mosambique?
(Grito descompasado y gutural.)
MOZAMB. ¿Niña yama? (Desde el fondo.)
BELEN. Si, moreno.
MOZAMB. ¿Quiere que la baje en braso? (Acercándose.)

BELEN. No nesesito. Hata luego.
(Váse apoyada en el negro.)

ESCENA X.

D. JUAN, luego D. TIMOTEO.

JUAN. De audaces es la fortuna:
¿qué dudar?... ¿Don Timoteo?...
(Llamando á la izquierda.)
TIM. ¿Qué ocurre?
JUAN. Tome esta nota
y dé usted un libramiento
de cien mil reales en oro
á doña Belen, y luego
váyase usted á la Bolsa
y realice mi proyecto. (Sacando el reló.)
TIM. ¡Don Juan!... (Asombrado.)
JUAN. Pronto: de esta hecha,
haré temblar al gobierno.
(Váse Timoteo por la derecha.)

ESCENA XI.

D. JUAN, luego MENDOZA, por el fondo.

JUAN. No aventuro mi fortuna
tan solo, tambien arriesgo
la de personas honradas
que en mi buena fé creyeron!...
Pero un mes... es un instante...
y un peligro pasajero,
nunca detiene á los hombres
que estan seguros del éxito.
MEND. Señor don Juan...
JUAN. ¡Oh, Mendoza!
MEND. Dispénseme usted si vengo
de prisa y á despedirme.
JUAN. ¿Se vá suted?... (Sorprendido.)
JUAN. Al extranjero,
para no volver á España.
JUAN. ¡Hace un rato, me dijeron

que usted se casaba!...

MEND. (Sorprendido.) ¿Cómo?

JUAN. ¿No será verdad?

MEND. (Con pesar.) Es cierto.
Infernales compromisos
me arrastran á un casamiento
contra mis inclinaciones,
y me voy y mas no vuelvo.
Por eso, mañana mismo
necesito mi dinero.

JUAN. ¡Mañana!... (Aterrado.)

MEND. Veinticuatro horas
antes, á usted le prevengo,
segun dispone el contrato.

JUAN. (¡Estoy perdido!...)—Lo siento,
(Disimulando.)
mas como no se reune
muy pronto tanto dinero,
que me conceda es preciso
un mes de plazo, lo menos.

MEND. ¡Imposible!

JUAN. Adónde quiera
se lo libraré.

MEND. No puedo,
porque sabe Dios adónde
me iré.

JUAN. ¿Qué está usted diciendo?
¿Tan desesperado se halla?

MEND. ¡No aumente usted mi tormento!...
¡Oh!... si Aurora sospechase
todo el mal que ella me ha hecho,
todo el bien que pudo hacerme,
acaso no hubiera opuesto
repugnancia á mis visitas,
frialdad á mis obsequios,
una mirada inflexible
á mis miradas de fuego,
ni hubiera correspondido
á mi amor con su desprecio!...
¡Donde soñaba mi dicha,
hallé mi remordimiento,
y un ángel del paraiso

me ha lanzado en el infierno!

JUAN. No pondere usted, Mendoza.

MEND. Por desgracia, no pondero.

JUAN. Á usted Aurora distingue
mas de lo que piensa, y creo
que si en lugar de acusarla
y casarse por despecho,
hubiera perseverado...

MEND. ¿Supone usted?... (Con ansiedad.)

JUAN. Estoy cierto
que usted al fin lograria
ver colmados sus deseos.

MEND. ¡Don Juan, si aun fuera posible,
todo por ella lo dejo!.. (Con arrebato.)
¡Romperé mis compromisos!...

JUAN. La voy á hablar.

MEND. Pero el tiempo
es hoy para mí precioso.

JUAN. Espere usted, y silencio.

MEND. ¿En dónde?

JUAN. En el gabinete.
(¡La caso!... ¡no hay otro medio!...)
(Váse D. Juan por la izquierda.)

ESCENA XII.

Despues de decir MENDOZA los siguientes cuatro versos, se dirige á la puerta del fondo y aparece AURORA.

MEND. ¡Adelante!... ¡á gritos habla
el peligro y mi ambicion!...
¡Encuentro mi salvacion
abrazándome á una tabla!...

AURORA. ¡Ah!... ¡Mendoza!... (Con desvio.)

MEND. ¡Señorita,
por honor á su buen nombre,
no condene usted un hombre
á una existencia maldita!...
Escuche sin repugnancia
al padre de usted, que al punto
vá á consultarla un asunto
de la mas grande importancia.

AURORA. Pero...
MEND. Si no me detesta...
AURORA. Mendoza, yo no me explico...
MEND. Señorita, á usted suplico
que piense bien la respuesta. (Con gravedad.)
¡No obligue á quien hoy la adora
á una vida de dolor!...
AURORA. ¡Diga!...
MEND. ¡No tengo valor!...
(Despues de un momento de indecision.)
Á los pies de usted, Aurora.
(Váse Mendoza. Aurora queda sorprendida.)

ESCENA XIII.

AURORA, D. JUAN por la izquierda.

JUAN. Quiero hablarte.
AURORA. Pues ya escucho.
JUAN. Porque ocurre en el momento
(Disimulando su agitacion.)
un grave acontecimiento.
¿Amas á tu padre mucho? (Con ternura.)
AURORA. ¡Con todo mi corazon!... (Abrazándole.)
JUAN. Y esos regalos de boda,
que vió la vecindad toda,
¿sabes tú para quién son?...
AURORA. No, papá.
JUAN. ¡Son para tí!...
AURORA. ¡Mendoza!... (Asombrada.)
JUAN. Me habló de plano,
y vino á pedir tu mano.
AURORA. ¿Y usted me consulta?
JUAN. Si.
AURORA. ¡Yo amo á Luis!... (Con vigor y respeto.)
JUAN. ¡Vana quimera!...
¡Y tú, la hija de un banquero!...
AURORA. ¡Con toda el alma le quiero!...
JUAN. ¡Á un periodista... un cualquiera!...
AURORA. ¡El corazon mas leal!...
JUAN. Que apenas tiene camisa.
AURORA. ¡Que me ha conocido en misa,

con vestido de percal!... (Indignada.)

JUAN. (Contemporizando.)
Hablar de Luis no es del caso.

AURORA. Para cubrirle de lodo
y ofenderle de ese modo,
¿le conoce usted acaso?
Siempre condenables son
matrimonios de interés...
¡Oh!... ¡pero el mio... despues,
no mereciera perdon!
Siendo mi padre un banquero
y yo tan rica en verdad,
¿tengo la necesidad
de casarme por dinero?

JUAN. Aunque tan poco te importe,
¿sabes que el qne hoy te ha pedido
es el mas grande partido
de cuantos hay en la córte?
¿Que por el nombre que goza,
las damas de mas valor
tuvieran á mucho honor
el dar su mano á Mendoza?

AURORA. Padre mio, lo que sé
es que su existencia impura,
es como la mar oscura,
cuyo fondo nadie vé.
De Luis la vida serena
es arroyo trasparente,
y á través de su corriente,
cuento los granos de arena.
Cuando yo elegir bien puedo,
¿por qué negarme su apoyo,
si prefiero el manso arroyo
al mar, que me causa miedo?

JUAN. Llegó, hija mia, la hora
de que sepas la verdad:
con tu loca terquedad
causarás mi muerte, Aurora.

AURORA. ¡Dios mio! ¿qué es lo que he hecho
para llegar á acusarme? (Afligida.)

JUAN. Tú sola puedes salvarme
y quiero abrirte mi pecho.

Mendoza me ha reclamado
su capital con urgencia...

AURORA. Y usted, hombre de conciencia...

JUAN. ¡Me voy á ver arruinado!...

AURORA. ¿Pero por qué?

JUAN. Ese dinero...

AURORA. Concluya usted... ¿lo ha perdido?
(Sobresaltada.)

JUAN. Lo tengo todo invertido
con mi capital entero.
Una ciega confianza
me precipitó, hija mia:
aun es tiempo todavía
y eres mi única esperanza.

AURORA. Y aunque un préstamo demande,
pagando crecido rédito...

JUAN. No hay amigos y no hay crédito
para una suma tan grande.
¡Solo por tí cederá!...

AURORA. No existe otro medio alguno?
¡Esto es horrible!...

JUAN. Ninguno:
si no me deshonrará.
¡No es hora de discutir!

AURORA. ¡Pero!...

JUAN. ¡Mendoza ahí afuera
tu resolucion espera!...

AURORA. ¡Esto es peor que morir!...

JUAN. Él te adora, no te aflijas:
(Limpiándola las lágrimas.)
siempre á tus pies le tendrás
y satisfechos verás
cuantos caprichos le exijas.

AURORA. Esperar tal ocasion,
solo es digno de un villano!...

JUAN. Ó mi deshonra ó tu mano:
¿aun dudas en la eleccion?

ESCENA XIV.

DICHOS, MENDOZA, apareciendo en el fondo.

AURORA. ¡Mendoza!... (Aterrada.)
JUAN. ¡Contesta!...
(Cogiéndola de un brazo.)
AURORA. Sí.
(Despues de una pausa y alargando la mano.)
MEND. ¡Ah!... (¡Triunfé!)
(Corriendo á los pies de Aurora.)
JUAN. (Será mi yerno.
¡Me he salvado!...)
AURORA. (¡Dios eterno,
misericordia de mí!)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion del acto anterior.—Cortes de vestido, estuches y cajas sobre las mesas.—Un canastillo de boda.—Recado de escribir.

ESCENA PRIMERA

D. JUAN.

¡Si la hiciera desgraciada,
nunca me perdonaria!
Retroceder no es posible...
¡Maldita ambicion!... ¡maldita!
¡que puede arrastrar á un padre
á ser verdugo de su hija!...
La ambicion es una horrible
pendiente resbaladiza.
Cuanto mas se vá bajando,
se resbala mas deprisa,
para ver, despues de todo,
que abajo está la mentira.
¡Dichosos una y mil veces
los que se quedan arriba!...

ESCENA II.

D. JUAN y MENDOZA.

MEND. Señor don Juan, ante todo,

déme de Aurora noticias:
esto se ha precipitado,
y el amor no se improvisa.

JUAN. Usted es hábil, Mendoza,
ella candorosa y tímida,
y usted se hará dueño pronto
del corazon de una niña.

MEND. ¿Está usted seguro?

JUAN. Tengo
la conciencia muy tranquila.

MEND. Ya conseguir he logrado
dispensa en la Vicaria
de las amonestaciones,
sin que nadie se aperciba.
Pronto vendrá el escribano
con los contratos; se firman,
nos metemos en un coche,
vamos luego á la capilla
reservada en la parroquia,
nos casamos, y en seguida
al ferro-carril y á Francia.
Extienda usted á la vista
sobre Paris una letra
y dicte órdenes precisas
para hacer los equipajes.
Es preciso darnos prisa;
ya tengo los pasaportes,
y hay razones que me obligan
á no estar aqui mañana,
pero razones gravísimas!...

JUAN. Comprendo: quisiera hablarle
de la dote de mi hija.

ESCENA III.

DICHOS, AURORA.

AURORA. Muy buenos dias.

MEND. ¡Aurora!

JUAN. (¡No llores en su presencia!...)

MEND. Vá usté á dar á mi existencia
nuevo rumbo desde ahora.

¿Por qué llorar á usted veo?
¿Qué pesar la martiriza,
cuando hoy al fin se realiza
mi mas ardiente deseo?

JUAN. (¿Deshacer la boda quieres?...)
(Reconvencion.)

MEND. ¿No hice méritos bastantes?...

JUAN. Mendoza, en estos instantes,
lloran todas las mujeres.

MEND. Si su pesar nos confiesa...

JUAN. Si un capricho nos señalas...

AURORA. Muy al contrario: esas galas
dignas son de una princesa.

JUAN. Mañana, con viento en popa,
á ver otro mundo vas:
triunfante recorrerás
todas las cortes de Europa.
Y en magníficos salones,
en bailes aristocráticos
y en banquetes diplomáticos,
te colmarán de atenciones.
Van allí tus gracias solas
á poner en grande altura
la proverbial hermosura
de las damas españolas.

MEND. Ante su amarga sonrisa,
Aurora, dudo y padezco,
porque tal vez no merezco
ni aun besar donde usted pisa.
Á usted, flor embalsamada
con su aroma de virtud,
la ofrezco una juventud
por los vicios marchitada.
Si usted en algo me estima,
oiga de mi amor el grito:
Aurora, yo necesito
un ángel que me redima.
En ello mi dicha gano,
mas por deber de conciencia,
si usted obra con violencia,
debo renunciar su mano.

JUAN. (¡Si tu valor no me auxilia!...)

AURORA. Mendoza, yo le prometo...
JUAN. Siente casarse en secreto
y sin ruido, entre familia.
MEND. Y para mí es un suplicio:
Aurora tiene razon;
mas por hoy, mi posicion
exige este sacrificio.
(Con aturdimiento y ligereza.)
Para cubrir presupuestos,
un empréstito al contado
me piden y me he negado
con diferentes pretestos.
Si entre tanto, alguien me acusa
de unir mi suerte á un banquero
á quien le sobra el dinero,
entonces no tengo excusa.
JUAN. Y ademas: ¿por qué á las bodas
veis concurrir tantas gentes?
Todos á mover los dientes,
y á mover la lengua todas.
Donde se ofrezca de balde
que comer ó murmurar,
ya se puede asegurar
que no falta ni el alcalde.
Solteras con hidrofobia
á esparcir chismes secretos,
y los hombres, ya repletos,
á poner cerco á la novia.
Descuidad: órden severa
di á porteros y criados,
para evitar convidados.
MEND. Sobre todos, á Rivera.
AURORA. No, Mendoza: usted se engaña
y á Rivera juzga mal.
MEND. Es, á juicio general,
la peor lengua de España.
No hay en Madrid incidente,
ni aventura escandalosa,
ni grande ó pequeña cosa,
que no sepa y que no cuente.
¡Oh!... ¡seria nuestra ruina
que hasta aqui lograse entrar:

seria como plantar
un cartel en cada esquina.

AURORA. ¡Ay!... ¡Pues entonces!...

MEND. (Alarmado.) ¿Qué pasa?...

AURORA. Cuando ayer se despidió,
él mismo se convidó
para almorzar hoy en casa.

JUAN. (Llamando de un tirador. Llegan dos criados.)
¡Pedro... Juan... estad alerta!...

MEND. ¡Entrará por las paredes!... (Desesperado.)

JUAN. ¡No señor!... ¡No abran ustedes (Á los criados.)
por Dios á nadie la puerta!...

MEND. ¡Silencio!... (Escuchando.)

AURORA. ¡Es él!... (Vánse los criados.)

MEND. ¡Ya no hay modo!...

JUAN. ¡Yo le arrojaré de aqui...
(Dirigiéndose á la puerta.)

MEND. ¡No... por Aurora y por mí!...
¡Seria perderlo todo!... (Deteniéndole.)

ESCENA IV.

DICHOS, RIVERA dentro, en quimera con los CRIADOS.

RIVERA. ¿Negarles?... ¿Cómo se entiende?...
¡Toma un cachete, animal!... (Se oye el sopapo.)

CRIADO. Es la órden general.

RIVERA. Pues á mí no me comprende. (Aparece.)
Señores, me escandalizo
de tener que entrar por fuerza,
cuando aqui siempre se almuerza
mejor que en el Café Suizo. (Pausa.)
He llegado en mal momento.
(Mirando á todos lados y reparando en los regalos que hay encima de las mesas.)
Me voy. (Volviéndose.)

MEND. ¡Qué ridiculez! (Deteniéndole.)
(Si lo publica, tal vez
nos deshaga el casamiento)... (Á D. Juan.)

JUAN. Le prohibo dar un paso. (Alarmado.)

MEND. Rivera, ten la bondad...
(Cortando la retirada.)

AURORA. No estorba usted. (Con cariño.)
RIVERA. ¿De verdad?... (Con incredulidad.)
Pues me quedo en ese caso.
Regalos de última moda... (Curioseando.)
en tu casa vi esta tela...
Señores, todo revela
que aqui se trata de boda. (Pausa.)
Estorbo y me voy. (Volviéndose.)
MEND. ¡Qué brusca (Espantado.)
salida!... ¿No eres mi amigo?
RIVERA. Si.
MEND. Nos faltaba un testigo
y evitas ir en tu busca.
¿Todavia estás perplejo?
JUAN. Un recado á toda prisa...
MEND. ¡Chico, me estás dando risa!
RIVERA. Si... (¡La risa del conejo!)
No sabián los criados
lo indispensable que soy. (Con sorna.)
MEND. Conviene ocultarnos hoy,
por motivos reservados.
RIVERA. No sigas: yo los respeto.
Poderosos deben ser, (Con intencion.)
cuando han querido tener
tan guardado este secreto.
JUAN. Quédese usted con Aurora,
que un asunto perentorio
nos hace ir al escritorio:
es cuestion de un cuarto de hora.
MEND. (¡No hay que soltarle un minuto!)
(Á Aurora.)
JUAN. Usted queda aqui en secuestro.
MEND. ¿Con que por hoy, eres nuestro?...
(Abrazándole.)
RIVERA. Concedido, no discuto.
MEND. (Para que á ser rico empieces,
un negocio te daré.)
RIVERA. (Y yo en pago, de tí haré
las ausencias que mereces.)
(Vánse Juan y Mendoza por la izquierda.)

ESCENA V.

AURORA y RIVERA, que cierra todas las puertas.

RIVERA. ¿Se casa usted? No lo extraño... (Ironia.)
Y de la iglesia... á Paris...
¡Y qué pronto el pobre Luis (Reconvencion.)
vá á encontrar su desengaño!...
AURORA. ¡Es usted mi Providencia!... (Con expansion.)
¡Dios sin duda le ha traido!
RIVERA. Yo podré ser un perdido,
pero al fin tengo conciencia.
AURORA. Rivera, tal vez no en vano
tiene usted muy mala fama;
pero hoy se fia una dama
de usted, como de un hermano.
Yo exijo la verdad toda
al hombre que nunca miente:
usted, que habla como siente,
¿qué presagia de mi boda?...
RIVERA. La verdad severa y franca,
merecen pocos oirla.
AURORA. Rivera, para decirla,
le doy á usted carta blanca.
RIVERA. La niña mas adorable, (Con cariño.)
que conozco y que respeto,
¿por qué se casa en secreto,
como si fuera culpable?
¿Qué razon tan despiadada
hace que su frente rinda
usted, tan jóven, tan linda,
y mucho mas, tan honrada?
¿Hay alma tan presuntuosa
que á menos pueda tener
llamar suya una mujer
bella, rica y virtuosa.
AURORA. Hay motivos que me oprimen,
que usted mismo no comprende.
RIVERA. Este misterio la ofende
y es muy parecido al crimen.
Á usted privan de la pompa

que merece por su rango
y en este secreto hay fango,
cuando temen que se rompa.
La mujer por todo pasa
y escribe con hiel su historia
por un dia de victoria,
que es el dia en que se casa.

AURORA. En todo hallo vituperio
y temor todo me inspira:
todo en Mendoza respira
oscuridad y misterio.

RIVERA. Y hombre que arrostra sereno
una vida impenetrable,
es seguro, es indudable
que no oculta nada bueno.
Habitará usté un palacio
y no tendrá paz ni en misa:
quien se casa muy deprisa,
se arrepiente muy despacio.

AURORA. (¡Mi padre!... ¡su honor!... ¡su nombre!...)
¡Lo he prometido, y lo haré!

RIVERA. ¡Imposible!... porque usté
no puede amar á ese hombre!...
¿Vivir quiere, por ventura,
(Cogiéndola de la mano.)
en un matrimonio espurio,
que principia en un perjurio
y acaba en la sepultura?
¿Sabe V. lo que es vivir
con un hombre aborrecido
y un amor siempre mentido;
teniéndole que fingir?
¿Ir á posar en la almohada
su frente de usted hermosa,
donde otra frente reposa
que la hiela su mirada!...
¡Derramar sobre un impio
de su belleza el tesoro,
que acaso ni aun por decoro
sepa disfrazar su hastío!...
¡Vivir devorando agravios,
fingiendo cariño y calma,

con la cólera en el alma
y la mentira en los labios!
¡Y para mas vil exceso,
al dar un beso de amor,
exprimir todo el rencor,
que esconde el alma, en el beso!
¡Siempre la pena ocultando
y sus caricias vendiendo
y el alma prostituyendo
y el santo hogar profanando!

AURORA. ¡Oh!... ¡su pintura me espanta!

RIVERA. ¿Hay algo mas inmoral
que hacer comercio carnal
de la union mas sacrosanta?
No envenene usted sus horas
con tan atroz sacrilegio:
deje ese ruin privilegio
á muchas grandes señoras,
que van su lujo arrastrando
en un espléndido coche,
y las horas de la noche
con sus lágrimas contando.
Que la vida les arredra,
al ver con gozo febril
la mujer de un albañil
comiendo sobre una piedra.
Ellas son tan infelices,
pero mucho mas culpables,
que esas pobres miserables
despreciadas meretrices.
¡Porque esas tal vez irán,
llevando en su frente escrito
el nombre de su delito,
por un pedazo de pan!...

AURORA. ¡Yo amo á Luis y Luis me adora,
y el sacrificio es horrible!... (Con explosion.)

RIVERA. ¡Entonces, todo es posible.
y usted no se casa, Aurora!...
(Resueltamente.)

AURORA. ¡Oh!... ¡la conmocion me abrasa!...
¡hable usted, por Dios, Rivera!

RIVERA. ¡Yo no sé de qué manera. (Con aturdimiento.)

pero Aurora no se casa!...

AURORA. ¿Cómo retrocedo ya? (Desesperada.)
¿Y mi padre?...

RIVERA. Para esto
es necesario un pretexto
y, Dios mediante, lo habrá. (Con conviccion.)
¿Mendoza, ya lo adivino,
grande secreto encargó?...

AVRORA. Y aun convidar prohibió
á usted ni á ningun vecino.

RIVERA. ¡Su precaucion me dá risa!...

AURORA. ¡Discurra usted pronto y hable!
(Impaciente.)

RIVERA. ¡Pues aqui es indispensable... (Pensando.)
escándalo á toda prisa!
Primera necesidad:
ir la boda publicando;
empecemos convidando
á toda la vecindad.
(Se abalanza á un tirador y toca con fuerza.)

AURORA. ¿Qué hace usted?... (Sobresaltada.)

RIVERR. Salvar á Aurora.

AURORA. Pero ¿qué ocurre?... ¿qué pasa?...

RIVERA. ¡Que se nos quema la casa
y toco á fuego, señora!...
(Entran tres Criados.)

AURORA. ¡Mi padre!... ¡por Dios!... ¡qué apuro!...

RIVERA. Por cada visita que entre (Á los Criados.)
y que en la boda se encuentre,
ofrezo á todos un duro.
Recorred la casa toda:
decid que la señorita
á los vecinos invita
á concurrir á su boda.
(Salen de estampia los Criados, y alguno tropieza y cae.)

AURORA. ¿Y no me haré yo culpable
si tal órden atropello?

RIVERA. ¿Y qué vá á perder en ello
su virtud invulnerable?
Pues qué, ¿á la noche se fia,
sin testigos, luz ni gente,

quien puede ostentar su frente
á la luz del medio dia?
Mientras esto se propala,
si viene pronto el notario,
tal vez será necesario
que usted se nos ponga mala.

AURORA. ¡Rivera, me maravillo!... (Sorprendida.)

RIVERA. Una de esas congojitas
que las mujeres bonitas
llevan siempre en el bolsillo.
Reciba á los convidados...
¡Váyase usted por si él viene!... (Mirando.)
¡Que no la vea!... Usted tiene
(Limpiándola con su pañuelo.)
los párpados aun mojados. (Váse Aurora.)

ESCENA VI.

RIVERA toca una campanilla y se pone á escribir. Entre tanto llega un CRIADO y le dá una carta. Todo muy breve.

Esta carta con urgencia.
Toma un coche, ¡á escape!... ¡chis!...
Busca al señorito Luis,
en su casa ó en la audiencia.
(Váse el Criado.)
Por mi honor me comprometo
á salvar esta mujer,
y yo poco he de poder,
ó le arranco su secreto.
¡Difícil es la partida
que vas á jugar, Rivera!...
¡Un rayo de luz siquiera
que me descubra su vida!
Guerra á muerte, y él ó yo
vá á quedar aqui vencido.
Él será mas corrompido;
pero mas tunante, no.

ESCENA VII.

MENDOZA y RIVERA.

MEND. ¿Y Aurora?
RIVERA. ¿No me agradeces
lo que te he elogiado?
MEND. Sí:
¿y qué dice?
RIVERA. Hace de tí
la estimacion que mereces.
MEND. ¿Dónde está?
RIVERA. En su tocador.
MEND. ¿Con que ella?
RIVERA. Segun la escucho,
Aurora te aprecia mucho
y empieza á tenerte amor.
Siente que no haya festejos...
MEND. Esto se ha precipitado. (Con pesar.)
RIVERA. Pero, chico, yo la he dado
muy saludables consejos.
MEND. (Como le ofrecí un negocio
y hacerle rico despues,
es claro, por su interés
se declara mi consocio.)
RIVERA. Mendoza, ¿tú eres mi amigo?
MEND. Hombre, ¿lo puedes dudar?
RIVERA. Tenia ganas de echar
un buen párrafo contigo.
Tú gozas mucho favor
y tienes fortuna y nombre,
y aqui no hay hombre sin hombre:
¿quieres ser mi protector?
La ocasion no desperdicio,
conque habla pronto y decide.
MEND. (¡Qué miserable!... ya pide
el precio de su servicio.)
RIVERA. Sin hipocresía alguna
vas á contestarme, empieza.
MEND. Pero dime, con franqueza,
¿tan mal estás de fortuna?

RIVERA. Vivir de trampas cercado
fué mi sino y es mi centro,
y como siempre, me encuentro
con buen humor y tronado.
No pagar es mi destino,
mi vida es una comedia,
y, si Dios no lo remedia,
me muero en San Bernardino.

MEND. Tú, que no hallas quien resista
tu descaro sin segundo,
tuteando á todo el mundo
á la primera entrevista:
tú, á quien saludan corteses
y hablan como compañeros
cómicas, vagos, toreros,
periodistas y marqueses:
que te burlas de cualquiera,
y aunque el ofendido brama,
con rostro jovial exclama:
«¡qué cosas tiene Rivera!»
¿Dios te ha dado tales dones
y apreciarlos no has sabido?
asi malogras, perdido,
tan bellas disposiciones?

RIVERA. ¡Cuando me veo á tu lado
soy un aprendiz!...

MEND. ¡Rivera!

RIVERA. Dame una parte siquiera
del filon que has encontrado.
¿Cómo te compones, dime,
para gastar como Creso?
Mendoza, yo te confieso
que eres un hombre sublime.

MEND. Tendrias que variar mucho,
que aprender y cepillarte, (Con superioridad.)
y para domesticarte,
te encuentro ya algo machucho.

RIVERA. Poco á poco: yo poseo
habilidades secretas,
que tú acaso no respetas
porque ignoras, segun veo.
Soy jugador consumado

y tú me conoces!...

MEND. Si,
pero hoy dia, el arte aqui
está muy adelantado

RIVERA. Pues yo con una baraja,
no encuentro quien me aventaje
al desfile y al baraje!
(Señal de indiferencia de Mendoza.)
(¡No es jugador de ventaja!...)
Yo dibujo cuanto quiero
y copio cuanto hay escrito:
todas las firmas imito
y tambien grabo en acero.
¡No temo ni aun los cadalsos.
La muerte, ¿qué significa?

MEND. Es verdad. (Con indiferencia.)

RIVERA. (¡Pues no fabrica
tampoco billetes falsos.)
Conozco algo la tramoya
de trabajos *industriales* (Recalcando.)
y visité los canales
de las aguas del Lozoya!...
¡Tengo amigos... ingenieros!...

MEND. Ya puedes ganarte el pan.

RIVERA. (Pues tampoco es capitan
de los ladrones mineros!)

MEND. (¡Oh, si... de este miserable (Con alegria.)
aun puedo sacar partido.)

RIVERA. (Nada lograr he podido: (Con pesar.)
su vida es impenetrable.)

MEND. Voy á darte un acomodo:
¿eres hombre de valor?

RIVERA. ¡Habla pronto, por favor!...

MEND. ¿Y tú eres capaz?...

RIVERA. ¡De todo!...
Á mí la ambicion me exalta;
corro, vuelvo, subo y bajo
y todo el dia trabajo...

MEND. No sigas: esa es tu falta.
Te voy á civilizar
y á iniciarte en mi sistema:
en el mundo, el gran problema,

es vivir sin trabajar.
Para el sueño hizo la noche
Dios en su sabiduria;
para descansar, el dia,
para las piernas, el coche.
En dos bandos se resume
la humanidad pobre y baja:
el primero, el que trabaja;
el segundo, el que consume.
Yo abrí los ojos al mundo,
miré los bandos distintos,
y mi aficion, mis instintos,
me llevaron al segundo.
Y desde entonces prospero,
mientras otros trabajais,
porque los tontos quedais
siempre en el bando primero;
que siendo infinito á fé
y escaso el nuestro á la par,
ya te puedes figurar
la vida que me daré.

RIVERA. Á tu partido me paso (Abrazándole.)
resueltamente, desde hoy.

MEND. Pues á hacer tu suerte voy.

RIVERA. ¿Y de qué modo?

MEND. Te caso.
(Sorpresa de Rivera y tres pasos atrás.)
Me firmas un documento,
y ya eres hombre, Rivera.
Pero al instante. (Echando mano al bolsillo.)

RIVERA. No: espera;
me falta hacer testamento.

MEND. Á enriquecerte me obligo.

RIVERA. ¿Su edad?...

MEND. Cuarenta y cinco años.

RIVERA. ¿Qué mal te causé, qué daños, (Muy trágico.)
para ser tú mi enemigo?

MEND. Tiene rasgos juveniles,
y aun puede inspirarte amor.

RIVERA. ¿Te has metido á corredor
de jamones y perniles?

MEND. No vengas haciendo el bú

á una millonaria viuda.

RIVERA. Pero me ocurre una duda:
¿por qué no te casas tú?

MEND. ¡Acaba!... (Amostazado.)

RIVERA. Es abominable
unir con pasion fingida
un hombre lleno de vida
á una anciana venerable!

MEND. ¡Mucho acasó te envaneces!...
Ven, y mírate al espejo... (Llevándole.)
mira que vas para viejo
y un canónigo pareces.

RIVERA. ¡Qué cruel es tu amistad!...
¿Me quieres matar de tédio?
Chico, es peor el remedio
que la misma enfermedad.

MEND. Permíteme que me asombre
al mirar tu error profundo:
¡tú no conoces el mundo!...
¡tú no eres mas que un pobre hombre!
¿No has gozado alguna vez
la incomparable ternura
de una mujer ya madura,
que ve llegar su vejez?
Aquella pasion hervida,
que, reconcentrada y terca,
crece, cuanto mas se acerca
al ocaso de su vida:
Aquel mimoso cariño,
siempre anhelando agradar
y fácil de contentar
como se contenta un niño:
Aquel busto de matrona
espléndido y *confortable*:
un volcan no es comparable
al amor de una jamona!...

RIVERA. ¡Tu sistema es incendiario!

MEND. Yo te haré hombre de provecho.

RIVERA. Grandes estudios has hecho
sobre el amor anticuario.

MEND. ¿Qué ventajas nos ofrecen
amorcillos de coquetas?

RIVERA. La mujer y las veletas,
se fijan cuando enmohecen.
MEND. Y á las jamonas les gusta
recordar aun sus pasiones.
RIVERA. Como cocheros simones,
que restrañan aun la fusta.
MEND. ¡Ah!... que te falta el valor,
hasta el mas tonto penetra. (Con desprecio.)
RIVERA. Y esa anciana, ¿es una letra
que se endosa al portador?
MEND. En mi poder es de barro,
y á todo la haré plegarse.
RIVERA. ¿Cómo ha de querer casarse
conmigo á boca de jarro?
MEND. Arderá en ira su pecho
al saber mi matrimonio,
y contigo ó el demonio,
se casará por despecho.
Ya es preciso decidirse.
RIVERA. ¿Sin haberla nunca hablado?
MEND. Te conoce, y le has gustado.
(Con alegria.)
RIVERA. (¡Ya comenzó á descubrirse!...)
Pero en fin, dime con quién.
MEND. Con una opulenta dama.
RIVERA. ¿Y quién es? ¿Cómo se llama?
MEND. Lo sabrás; paciencia ten. (Saca el reló.)
(¡Se me erizan los cabellos!
Las horas pasando van
y el escribano y don Juan
no vienen y voy por ellos.)
¿Conque aceptas?
RIVERA. No vacilo.
MEND. ¿Me esperarás?
RIVERA. Te lo juro.
MEND. Pues adios... (Ya está seguro.
(Dándose las manos.)
me puedo marchar tranquilo.)
RIVERA. Me obligas á resignarme.
MEND. ¡Harás una suerte loca!...
RIVERA. ¡Pecho al agua!... (Santiguándose.)
MEND. ¡Y punto en boca!...

RIVERA. ¡Me decido á enjamonarme!
(Váse Mendoza por el fondo.)

ESCENA VIII.

RIVERA, solo.

La Guardia civil, hoy, pide
á cualquiera viajero
su carta de vecindad
en un camino desierto:
mas para entrar en el mundo
y hasta en el hogar doméstico,
ya no se le pide á nadie
su carta de caballero.
Aqui hay una grande infamia
que se cierne en torno nuestro:
que no logro ver distinta
y sin embargo, la siento.
¡Hasta el aire que respiro
es pesado, frio y denso!...
Un rayo de luz me ha dado:
calma y recapacitemos.
Cuando es capaz esa anciana
de casarse por despecho,
Mendoza tiene con ella
algun vínculo secreto.
Cuando él por casarme, quiere
que le firme un documento,
le interesa, de seguro,
que yo cargue con el muerto.
Pues la anciana es una bomba,
que yo arrojar aqui debo,
para que dé un estallido
y destruya el casamiento.
Y esa mujer codiciada,
quién es y dónde la encuentro?

ESCENA IX.

RIVERA, UN CRIADO, y luego el MOZAMBIQUE.

CRIADO. ¿Señorito?

RIVERA. ¿Qué?
CRIADO. Un lacayo
sube del cuarto entresuelo
y quiere entrar.
RIVERA. Pues que pase.
(Váse el Criado y entra el Negro.)
(¡Ah!... ¡qué sospecha!... este negro...)
Acércate, Mozambique. (Con cariño.)
MOZAMB. ¿Niño Rivera, etá güeno? (Con timidez.)
RIVERA. Bien: ¿qué ocurre? (Impaciente.)
MOZAMB. Que mi ama
se ha marchao ayé mu lejo.
Lo paje de niña Aurora,
Sinforoso, Juan y Pedro,
quieren que monte á cabayo
y avise á los habanero
que hasen la patida en casa
de china Belen.
RIVERA. ¿Qué objeto?
MOZAMB. Pa que vengan á la boda
de niña Aurora, corriendo.
Po cada señó que taiga,
medio peso me ofesieron.
Dígame si aviso á todo,
poque son má de tesiento.
RIVERA. (¡Pues á duro por persona,
para pagarles no tengo!...)
Imposible: mucho antes
se celebra el casamiento;
en cuanto vuelva Mendoza.
MOZAMB. Pues entonse queda tiempo,
poque golverá en verano.
RIVERA. ¿Estás dormido?
MOZAMB. No duemo.
RIVERA. ¿Tú no sabes que se casa
dentro de algunos momentos?
MOZAMB. ¿Quién? (Asustado.)
RIVERA. Mendoza.
MOZAMB. ¡No pué sé!...
RIVERA. ¿Por qué?... (Con curiosidad creciente.
MOZAMB. ¡Poque no pué sélo!...
RIVERA. ¡Pué vá á sé con niña Aurora!...

(Remedándole.)

MOZAMB. No: se ha marchao en sequeto
con china Belen á Italia.

RIVERA. ¿Estás seguro? (Alarmado.)

MOZAMB. ¡Etoy cieto!

RIVERA. Escúchame bien: Mendoza
sabe que tu ama está lejos
de Madrid, y la ha engañado:
celebra hoy su casamiento,
y esta noche se vá á Francia.
¡Mira los regalos!...

MOZAMB. (Sorprendido.) ¿Etos?...

RIVERA. De niño Mendoza.

MOZAMB. ¡Nunca!

RIVERA. ¡Mozambique, no seas terco!

MOZAMB. Lo mandó traé de Fransia
chinita con su dinero,
y son su gala de novia!...

RIVERA. (¡Es una mina este negro!...)
En la ausencia de tu ama,
que ignora este vil enredo,
sin haber para decírselo
ni para que venga tiempo,
¡tú vas aqui á defenderla
contra Mendoza, impidiendo
que se case!...

MOZAMB. ¡No se casa!

RIVERA. ¿Por qué?

MOZAMB. ¡Poque yo no quiero!...
(Animándose.)
¡Ante de la serimonia,
coto á Mendosa é pecueso!... (Gritando.)
¡Voy á hablá!...

RIVERA. ¡Dáme un abrazo,
príncipe de los morenos!...
(Colgándose de su cuello.)
¿Quieres salvar á tu ama?

MOZAMB. Si.

RIVERA. Pues espérame adentro.
(Llevándole á la derecha.)

MOZAMB. ¿Su mesé me dirá cuándo
he de matale?

RIVERA. ¡Silencio! (Váse el negro.)
CRIADO. Aqui está don Luis.
RIVERA. Trae pronto
al gabinete un refresco.
(Señalando á la derecha.)
CRIADO. ¿De qué?
RIVERA. De rom y ginebra;
y dí á Aurora que la espero.
(Váse el Criado y vuelve con un copero para la derecha.)
(Para que nada me oculte,
voy á enjuagarle por dentro.)

ESCENA X.

RIVERA y LUIS.

LUIS. ¿Qué te ocurre?
RIVERA. Tu presencia (Con rapidez.)
es útil aqui en extremo.
Calma: don Juan y Mendoza,
por grandes y ocultos medios,
arrancaron de esa niña
al fin el consentimiento
á la boda, y los contratos
van á firmarse en secreto.
LUIS. ¡Ah, qué infamia!...
RIVERA. Ten prudencia.
La casualidad me ha hecho
sorprender su plan, y estoy
á punto de deshacerlo.
LUIS. ¡Pero Aurora!...
RIVERA. Su conducta
es digna de tu respeto,
y mas que nunca te quiere.
¡Ella!... (Viéndola llegar.)
LUIS. ¡Todo lo sospecho!...
RIVERA. Anímala: tu palabra
le dará valor y aliento.
(Un Criado atraviesa la escena con un copero, y entra donde está el negro.)

ESCENA XI.

DICHOS y AURORA.

AURORA. ¡Luis aqui!... (Cortada.)
RIVERA. Todo lo sabe,
y la absuelve por completo.
LUIS. ¡Aurora!...
AURORA. ¡Luis!...
RIVERA. Al asúnto:
son preciosos los momentos.
¿No ha venido nadie?...
AURORA. Nadie.
RIVERA. ¿Y avisaron?
AURORA. Si por cierto;
pero es pronto.
RIVERA. Pues ya tardan.
¡Oh! los españoles netos,
á las citas de interés
nunca llegamos á tiempo;
pero en comidas y bodas
siempre somos los primeros.
Antes de cinco minutos,
en la casa no cabremos.
AURORA. ¿Qué vá á suceder, Rivera?
¡De pies á cabeza tiemblo!
RIVERA. Valor y esperanza, Aurora.
LUIS. Pero ¿qué plan tienes?
RIVERA. Tengo
en mis manos el ovillo
y busco algun cabo suelto.
AURORA. Explique usted...
RIVERA. No: me aguardan.
LUIS. Dinos siquiera...
RIVERA. No hay tiempo.
AURORA. ¡Que Dios le ayude!
RIVERA. ¡Imposible
que deje de protegernos!
AURORA. Pero ¿qué hacer entre tanto?
RIVERA. Dejar venir los sucesos,
puerta franca, y luz y gente:

la Providencia hará el resto.
(Y si van mal dadas, hago
que le plante un chirlo el negro.) (Váse.)

ESCENA XII.

AURORA y LUIS.

LUIS. El rubor de sus mejillas,
las lágrimas que estoy viendo
y sus ojos, que no aciertan
á levantarse del suelo,
con elocuencia me explican,
aunque usted guarde silencio,
este enlace, como un crímen
entre las sombras envuelto,
que ayer no hubiera creido
y ahora dudo, aunque lo veo.
AURORA. ¡Óigame usted, Luis!...
LUIS. Aurora,
yo nada preguntar debo,
porque usted en mí conciencia
ocupa tan alto puesto,
que palabras de su boca
que ayer creia, hoy las creo:
cuando usted ha consentido,
razon tendrá y la respeto.
AURORA. Su generoso lenguaje
á usted honra y le merezco. (Con seguridad.)
(¡Cómo no amar al que abriga
tan hidalgos sentimientos!)
LUIS. Deje que imprima en su mano,
por última vez un beso!

ESCENA XIII.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. ¡Asi me gustan los novios!... (Desde el fondo.)
AURORA. (¡Jesus!... ¡mi padre!...)
JUAN. (Con severidad.) ¿Qué es esto?...
(¡Si lo llega á ver Mendoza!...

¡qué escándalo, y á qué tiempo!...)
¿Cómo usted tan de mañana?...
(Con sequedad.)

AURORA. Le llamé .. porque deseo,
con su permiso, que sea
testigo en mi casamiento.

JUAN. (¿Estás loca?...)

AURORA. Nada extraño
puede usted hallar en ello:
Mendoza eligió á Rivera,
y yo á Luis. Es mi derecho. (Con resolucion.)

JUAN. (¡La mano de ese tunante
de Rivera me la ha vuelto!...)

ESCENA XIV.

DICHOS, LOLA, RITA, D. TIMOTEO y turba de vecinas y vecinos, que abrazan, besan y estrujan á la pobre Aurora. Estupor de D. Juan, al ver entrar tanta gente.

LOLA. Tengan mil enhorabuenas. (Con frivolidad.)

TIM. Señor don Juan, lo celebro. (Dándole la mano.)

JUAN. (¿Cómo entra aqui tanta gente?)
(Sobresaltado.)

AURORA. (¡Yo no sé, papá!...) (Cortada.)

JUAN. (¡Qué has hecho!...)

LOLA. ¡Qué á punto llegó el recado!...
nos estabamos vistiendo...

RITA. (¡Pusiste una pica en Flandes!...)
(Á Aurora.)

LOLA. (¡Hija, tu gancho es soberbio!...) (Idem.)

RITA. (No sabes la trascendencia
de casarse en estos tiempos.)

LOLA. ¡Qué callado lo han tenido!... (Á D. Juan.)

JUAN. (¡Se ha desatado el infierno!...)

RITA. ¡Oh, qué hipócrita!...

LOLA. ¡Eres una
actriz de *primo cartelo*!...

JUAN. (¡Los criados me han vendido!...)

AURORA. (¡Estoy temblando de miedo!...) (Á Luis.)

RITA. ¡Qué feliz eres!... (Besándola.)

AURORA. ¡Oh, mucho!... (Ironia.)

RITA. ¡Ya se vé!... y en prueba de ello,
¡qué vestidos y qué alhajas!...
(Mirando sobre las mesas.)
LOLA. ¡Qué regalos!... ¡esto, esto
prueba una pasion vehemente!
¡Esto es amor verdadero!... (Entusiasmada.)
RITA. (¡Pobre Aurora!... te aseguro
que yo envidia no la tengo.)
LOLA. (¡Yo tampoco: será rico
y será buen mozo, pero
yo soy muy escrupulosa
y se habla tanto!...)
RITA. (En efecto:
¡es preciso estar rabiando
para apechugar con eso!...)
TIM. ¿Y Mendoza?
JUAN. Vendrá pronto.
(¡Qué vá á decir al ver esto!...)
LOLA. Pero aqui falta Rivera.
JUAN. ¿Se ha marchado? (Sobresaltado.)
AURORA. Está... leyendo
JUAN. (¡Todo es obra de ese pillo!...)

ESCENA XV.

DICHOS, RIVERA, por la derecha.

RIVERA. Señores, servidor vuestro.
El grato fin que nos junta
hízome ser diligente,
y yo siempre estoy presente
cuando por mí se pregunta.
JUAN. (¡Todo nuestro plan destroza!...)
RIVERA. ¿Qué esperamos? (Con insolencia.)
JUAN. (Amostazado.) Falta el novio.
RIVERA. ¡Oh, qué escándalo! qué oprobio!
¡hacerse esperar Mendoza!... (Con exageracion.)
Si á firmar este contrato
viene el novio tan remiso,
entonces será preciso
que yo les distraiga un rato.
JUAN. (¡Y en la situacion mas grave

se la echará de gracioso!!) (Colérico.)

LOLA. Cuente algun lance curioso
de esos muchos que usted sabe.

RIVERA. Si ustedes se empeñan, pues,
contaré, como he leido,
la vida de un gran perdido,
en un periódico inglés.
Cierto español inclinado
á vivir sin trabajar,
nacido para gastar
lo que muchos han ganado,
en Italia conoció
á una riquísima dama,
jugadora de gran fama,
que del jóven se prendó.
Ella le hizo su consocio,
le educó bien para el juego
y ambos explotaron luego
en grande escala el negocio.
Yendo su fortuna en popa
y dejando ya difuntos
á todos los grandes puntos
conocidos en Europa,
en la Península Ibérica
fletaron un buque bueno,
y de naipes falsos lleno,
fueron á estafar la América.
Como las costumbres públicas
suelen ser allí tan bajas,
inundaron de barajas
muchas de aquellas repúblicas.
Con fortuna colosal
jugaron en todas partes,
haciendo, por malas artes,
un enorme capital.
Pero un dia, aquel azote
de viciosos y tahures,
fué, tras de muchos albures,
descubierto en un burlote.
Y al echar mano al dinero
el hábil desfilador,
el puñal de un jugador

clavó su mano al tablero.
Algun tiempo transcurrido
y vuelto á este continente,
tomó rumbo diferente
la vida del gran perdido.
Hizo rodar su dinero,
tuvo amigos en cuadrilla,
y en esta noble Castilla,
es hoy un gran caballero.
Nadie su marcha detiene,
la suerte á la audacia junta,
y en fin, nadie le pregunta
quién es ni de dónde viene.
Para él no hay puertas cerradas:
brillan cruces en su pecho
y penetra bajo el techo
de las gentes mas honradas.
Y aqui, por distintos modos,
le tememos ó admiramos,
todos su amistad buscamos
y le conocemos todos.

AURORA. Mas del cuento nadie goza,
sin descubrir á ese hombre.

RIVERA. Van á saber pronto el nombre.

CRIADO. El señorito Mendoza.

ESCENA XVI.

DICHOS, MENDOZA y el ESCRIBANO.

MEND. Pido á ustedes mil perdones
por mi tardanza.

JUAN. No importa.

MEND. Pero al señor escribano (Presentándole.)
hallar no pude hasta ahora.
(¿Quién ha traido estas gentes?)
(Furioso á Juan.)

JUAN. (De ese pillo todo es obra.) (Por Rivera.)

LUIS. (¡Su confianza me alienta!)

AURORA. (¡Su sangre fria me asombra!)

MEND. Don Juan, acabemos pronto.
(¡Esta escena me sofoca!)

JUAN. Á la firma del contrato.
(Ponen un velador en medio.)
RIVERA. Quítate el guante, Mendoza.
(¡Valor!... no es indispensable
todavia la congoja.) (Á Aurora.)
(El escribano dá una pluma á Mendoza y otra á Aurora. Firma él primero y ella arroja la pluma al decir el verso siguiente.)
AURORA. ¡Esa cicatriz!... ¡Oh nunca!...
¡no firmaré mi deshonra!...
JUAN. ¡Hija!...
LUIS. ¡Ah!...
MEND. ¿Por qué? (Aturdido.)
AURORA. No debo
dar los motivos, Mendoza,
y saber á usted le baste
que aqui nadie los ignora.
MEND. ¡Es que mi honor los exige! (Con altivez.)
¿Quién aqui atentó á mi honra?
RIVERA. ¿Quién? ¡Mira!...
(Señalando al negro, asomando por la derecha y tambaleándose borracho.)
MOZAMB. ¡Yo!...
AURORA. ¡Padre mio!...
LUIS. ¡Gócese usted en su obra!
JUAN. ¡Qué infamia!...
RIVERA. Hoy no se pregunta
á ningun hombre su historia!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion de los dos actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

RIVERA, entrando seguido de un CRIADO.

CRIADO. La señorita me dice
que tenga usted la bondad
de esperarla unos instantes,
leyendo esto. (Le entrega un periódico y se vá.)

RIVERA. Bien está.
¡Qué inocente!... ha presumido
que yo lo pueda ignorar.
(Con el periódico en la mano toda la escena.)
Lo cierto es, que esta noticia
ha dado el golpe mortal
á Mendoza, y su descrédito
es irreparable ya.
Contado el lance en mi estilo
entre caústico y mordaz,
he logrado que de él hagan
conversacion general
en los cafés y teatros
y bailes de sociedad.
El misterio de su vida,
su anhelo por deslumbrar,
los regalos de la boda,

dignos de un príncipe real,
y la entrada por sorpresa
de toda la vecindad;
las angustias de la novia,
la cicatriz al firmar,
el negro entre las cortinas
acariciando el puñal,
y la jamona corriendo
una borrasca en la mar,
han dado al asunto un tinte
novelesco, original.
¡Hoy nadie en Madrid le ignora,
hoy dicen todos «ahí vá
el caballero de industria,
el despreciable rufian!...»
y los que ayer mendigaban
su protectora amistad,
hoy al verle, con desprecio
la cabeza volverán.
¡Con cuánto placer respiro
y qué hermosa es la verdad!...
Yo le he arrancado la máscara,
yo he lógrado libertar
de la esclavitud eterna
á esa niña angelical,
haciendo un grande servicio
á toda la sociedad.
¡Oh!... si aqui hubiera justicia,
me debian coronar
por gratitud las mujeres,
y el ministerio ademas,
darme la cruz de epidemias
con toda solemnidad.

ESCENA II.

RIVERA y MENDOZA, por el fondo.

MEND. Si escribes asi la historia,
(Señalando al periódico.)
grandes disgustos tendrás.
Con franqueza: tú ya das

por ganada la victoria. (Con sorna.)

RIVERA. Tu audacia me desconcierta.
¿De Madrid, no te has fugado?
Pero aqui, ¿cómo has entrado?

MEND. Pues ya lo ves, por la puerta.
He escrito una carta á Aurora
y me ha mandado venir. (Con superioridad.)

RIVERA. ¿Ella?

MEND. Si.

RIVERA. ¿Quieres decir
lo que pretendes ahora?

MEND. Pero, hombre, me maravilla
tu falta de buen sentido!
Pensando estás que me ha hundido
tu cáustica gacetilla! (Con desprecio.)
Que absorta, escandalizada,
la poblacion dice: «ahí vá:»
Y que yo en Madrid, soy ya
una fiera acorralada.
Que me grita el populacho
y que todos me escarnecen,
y que crédito merecen
las calumnias de un borracho.
¡La satisfaccion te engrie,
mas reprímete por Dios!...
Veremos cuál de los dos
es el último que rie!

RIVERA. ¡Oh! ¡de todo eres capaz!...
Si yo como tú me viera,
solo en público saliera
de noche y con antifaz.

MEND. Mi existencia sibarítica
no cambió de ayer á hoy,
cuando tú juzgas que estoy
en la situacion mas crítica.
Nuestra distancia verás;
lo que á tí te hubiera hundido,
para mí tan solo ha sido
un grande escándalo mas.
Tener contigo un combate
quise en mi primer furor:
despues lo pensé mejor

y ví que era un disparate.

RIVERA. Faltaba encontrar testigos.

MEND. ¡Qué tonto!—Con mi dinero,
mi mesa y mi cocinero,
nunca faltan dos amigos.
En fin, no me convenia,
cuando yo para quedar
en mi debido lugar,
necesito solo un dia.
Ayer dos hombres mandé
á la redaccion de Luis,
para exigir un mentis
y se negó.

RIVERA. Ya lo sé.

MEND. Y pensando el pobrecito
que era algun lance de honor,
se ha declarado el autor
de tu calumnioso escrito.
Por su honor de caballero
lo juró ante un escribano,
y ahí tienes que por la mano
le conduzco al Saladero.
La ley está terminante.
¿Dónde pruebas hallará?...

RIVERA. Doña Belen las dará. (Amenazador.)

MEND. ¡Se ha embarcado en Alicante!...
(Sacando un papel del bolsillo.)

RIVERA. ¡Es imposible!... (Desesperado.)

MEND. Estoy cierto.
Ayer tuve un telegrama, (Dándosele.)
que escribió desde la cama,
antes de salir del puerto.
Á ver tú, que tanto brillas
y que tanto ingenio tienes,
si á tu amigo fiel sostienes,
como escribes gacetillas.

RIVERA. (¡Á doña Belen aleja
y ahora Luis está cogido!...
¡Soy un necio!... ¡yo he debido
hacer venir á la vieja!...)

MEND. ¡Disimula por favor!...
¡Hombre, no te apesadumbres!...

Preciso es que te acostumbres:
aun me falta lo mejor.
Para dar un buen refuerzo
á mi causa, he madrugado
y á mis amigos he dado
el mas opíparo almuerzo.
He tenido tres bolsistas,
Cárlos, el duque y Otero,
dos marqueses, un torero
y dos ó tres periodistas.
Allí entre chistes bizarros,
tostadas de *prevalé*,
el aroma del café
y el humo de los cigarros,
en estilos desiguales,
varios sueltos me han leido,
diciendo que yo ofendido,
apelo á los tribunales.
Y ya no tendrás la pena
de despreciar tu adversario,
cuando yo, contra un diario,
te opongo media docena.
Tambien anunciar les hice,
para esta noche, un *soirée*
en mi casa, donde haré
que mi boda se realice.

RIVERA. ¿Cómo?... (Asustado.)

MEND. ¿Te sorprendo ahora?...

RIVERA. ¡Tu audacia nada respeta!...

MEND. ¡Oh!... ¡reparacion completa!...

RIVERA. ¿Pero con quién?

MEND. Con Aurora.

RIVERA. ¿Y aun en tu alma corrompida
piensas que te dé su mano,
conociendo ya el arcano
vergonzoso de tu vida?...

MEND. Rivera, aunque mal te cuadre,
pienso que Aurora es mujer
y que tengo en mi poder
la voluntad de su padre.

RIVERA. Aunque su pecho destroces
y aunque su padre quisiera...

MEND. ¡No me conoces, Rivera!...
RIVERA. ¡Tú si que no la conoces!...
MEND. Chico, en los tiempos actuales,
la ocasion, la cantidad,
el lujo ó la vanidad,
las hace á todas iguales.
Yo tengo treinta y seis años,
pero en la historia y las listas
de mis fáciles conquistas,
solo cuento desengaños.
Yo ví que ante mi opulencia,
el pudor fué solo un nombre:
yo he visto siempre que el hombre
no halla jamás resistencia.
¡Y esa virtud celebrada,
verás á mis pies rendida!... (Con soberbia.)
RIVERA. ¡Tú no has tratado en tu vida
ninguna mujer honrada!... (Con vehemencia.)
Á tí el placer te adormece,
en el placer has vivido,
pero tú nunca has sentido
la pasion que lo ennoblece.
Tú, con todas tan severo,
porque en tus libres amores
solo alcanzaste favores
por puñados de dinero:
que á la víctima culpable
de tu propia seduccion,
condenas sin compasion
en tu fallo inexorable:
verdugo de la mujer,
¿qué piensas del hombre fuerte,
que, como tú, se convierte
en amante de alquiler?
Si la mujer sin honor
ningun privilegio goza,
¿qué mereces tú, Mendoza,
que comercias con tu amor?
MEND. ¡Rivera, yo no consiento (Alzando la voz.)
que me ultrajes y lastimes!...
RIVERA. Mira, si no te reprimes,
(Señalando á la izquierda.)

peligra tu casamiento. (Ironía.)
Si humillé tu vanidad,
no busques un duelo ahora: (Con desprecio.)
es que ha llegado la hora
de decirte la verdad.

MEND. ¡No sigas!... ¡que en mi arrebato!...
(Furioso.)

RIVERA. ¿Qué me harás? (Con calma insolente.)

MEND. ¡Te mataré!...

RIVERA. ¡Yo mismo sí que no sé (Perdiendo su calma.)
cómo ahora aqui no te mato!...

ESCENA III.

DICHOS, AURORA.

AURORA. ¡Aqui voces y amenazas!...
¡Por Dios, señores, prudencia!...
(Interponiéndose acongojada.)
(¡Esto me faltaba solo!...)

RIVERA. Bromas de este...

MEND. De Rivera,
que suele ser tan vehemente...
Tenemos que hablar: ¿nos dejas?

RIVERA. Cuando Aurora me lo mande.

AURORA. Si usted permite... (Á Rivera.)

MEND. (Aprovecha
para Luis estos minutos
y dile lo que le espera.)

RIVERA. Á los pies de usté.

AURORA. Hasta luego.

RIVERA. (Siento dejarle con ella,
pero no hay otro recurso.)

AUAORA. (No se aleje usted, Rivera.) (Váse receloso.)

ESCENA IV.

AURORA y MENDOZA.

MEND. Antes de tomar, Aurora,
una medida violenta,
á usted hablar he querido,

para que piense y comprenda
del conflicto en que nos pone
las terribles consecuencias.

AURORA. Ha hecho usted muy bien, y estimo
el favor que me dispensa.
(Con ceremoniosa frialdad)

MEND. ¿Sabe usted que de su padre
tengo una escritura en regla,
escritura de depósito,
y que yo puedo á estas fechas
deshonrar á su familia,
cubrirla de infamia eterna?

AURORA. ¡Si señor!...

MEND. No por venganza,
sino en mi justa defensa,
uso haré de mi derecho.
Usted lo ha querido: sea.

AURORA. Empeñando mis alhajas
y haciendo vender mi hijuela,
se reintegraria solo
de una parte muy pequeña.

MEND. Aurora, siento afligirla,
deploro su amarga pena,
pero dentro de una hora,
don Juan se declara en quiebra,
y llorará en una cárcel
su deshonra y su vergüenza.

AURORA. ¡Oh!... ¡si usted á un padre amara,
mas compasion me tuviera!...

MEND. Aurora, si á usted no amase,
¿volveria mas á verla?

AURORA. Y si yo amor le inspirara,
¿de tal modo procediera?

MEND. ¿Y no abandoné otro enlace
con una dama opulenta,
que á usted aventaja en dote,
si no en virtud y belleza?
¿Enlace que ha hecho imposible
el escándalo y la afrenta?
Anteayer, en un instante
de arrebato y de sorpresa,
¿no ha podido usted dar crédito

á la delacion sin pruebas
de un borracho, despreciable
instrumento de Rivera?

AURORA. ¡Mendoza!...

MENO. ¡Yo soy el blanco
de una atroz maledicencia,
llueven sobre mí calumnias
y hasta el aire me envenena!
Ligado á un rico banquero,
como hallarme ahora debiera,
no vacilase mi honra
ni me acosaran las deudas:
á don Juan daria un plazo
y plazos á mí me dieran.
Pero usted no lo ha querido,
y otro medio no me queda.
Honra con honra se paga:
pida consejo á Rivera.
Á los pies de usted. (Dirigiéndose á la puerta.)

AURORA. ¡Mendoza!...
¡Oh!... ¡jamás!... ¡estoy resuelta!...

MEND. Pero es que yo necesito
mi reparacion completa,
y que la presencien todos
cuantos han visto la ofensa.

AURORA. Disponga de mí ahora mismo!...

MEND. Y pronto.

AURORA. Cuando usted quiera.

MEND. (¡Esta noche la presento!...)
(Váse por el fondo.)

AURORA. ¡Ay de mí!... ¡Dios me proteja!...
(Cae aplanada eu un sillon.)

ESCENA V.

AURORA, RIVERA, levantando un tapiz de la izquierda.

RIVERA. Se marchó... pasar le he visto.
¿Qué es esto?... ¡Aurora!... (Corriendo á ella.)

AURORA. ¡Rivera,
soy el ser mas desgraciado
del mundo!...

RIVERA. ¡Una trama nueva!..
Pero hable usted, ¿qué sucede?
AURORA. Me caso con él ó encierra
á mi padre en una cárcel!...
RIVERA. ¿Cómo?
AURORA. ¡Ni aun le dá una tregua
de un mes! Tiene una escritura
de depósito y no espera
si no me caso!...
RIVERA. ¡Qué infamia!...
AURORA. ¡Que mi padre no lo sepa!...
¡Vá á volver!
RIVERA. ¿Y usted?
AURORA. ¡Me caso!
RIVERA. Eso jamás, niña, mientras
las espadas de Toledo
amistad conmigo tengan!...
(Encasquetándose el sombrero y corriendo á ponerse el gaban.)
AURORA. ¿Qué vá usté á hacer?
RIVERA. ¡Á matarle!
que las chanzas ya son veras,
y contra aquellos delitos
que el Código no condena,
estan los juicios de Dios,
que dá gratis la sentencia.
AURORA. ¡Ah, no... no... de aqui no sale!...
(Cogiéndole.)

ESCENA VI.

DICHOS y LUIS.

AURORA. ¡Luis!
LUIS. ¡Aurora!...
RIVERA. Á tiempo llegas.
LUIS. ¿Qué es esto?
RIVERA. Te necesito.
AURORA. Luis, cierre usted esa puerta.
¡Vá á batirse con Mendoza!...
LUIS. No lo permito, Rivera.
RIVERA. ¿Tú tambien?...

LUIS. Ese derecho
me pertenece: dispensa
que en ocasion tan ansiada,
ni á tí ni á nadie le ceda.
(Aurora suelta á Rivera y vá á cerrar la puerta del fondo.)

RIVERA. Tienes razon. ¡Qué dirian
si victoria tan pequeña
empañara mi uniforme!...
Pero te hago una advertencia:
y es que si tú no le matas,
voy detrás...

ESCENA VII.

DICHOS, D. JUAN, por la izquierda.

AURORA. (Á su padre.) ¡Venga usted, venga
á detenerles!...

JUAN. ¡No entiendo!...

AURORA. ¡Batirse los dos intentan
con Mendoza!...

JUAN. ¿Qué motivo?...

RIVERA. ¡Urge el tiempo!... ¡Luis, afuera!...

AURORA. ¡No por Dios!... (Colgándose de Luis.)

RIVERA. ¡Ya nada escucho!...
¡Haré pedazos la puerta!...
(Abre de un puñetazo la puerta del fondo y aparece el Mozambique. Todos retroceden.)

ESCENA VIII.

DICHOS, el MOZAMBIQUE.

MOZAMB. ¡Po poco me depampana!...
¡Etá mu bravo el señó!...
¡Aléguese!... ¡ya ha venio!...

RIVERA. ¿Doña Belen? (Con grande alegria.)

MOZAMB. ¡Ya yegó!... (Todos le rodean.)

LUIS. ¿Pero cuándo?

MOZAMB. ¡Eta mañana,
á cabayo en el vapó!...

RIVERA. ¡Nos hemos salvado todos!...
LUIS. ¿Y quién le dió aviso?
MOZAMB. ¡Yo,
poque no me mamo el deo!...
RIVERA. ¡Tú has sido mas previsor!...
MOZAMB. Ayé mandé un telegafo,
y china desembacó.
RIVERA. ¡Abrázame, Mozambique!...
(Tomando carrera y tirándose á él.)
¡Aprieta!...
MOZAMB. ¡Niño, po Dió!...
RIVERA. ¡Si estoy por plantar dos besos
(Entusiasmado.)
en tu cara de charol!...
AURORA. ¿Por qué no viene?... (Impaciente.)
MOZAMB. Ahora sube.
RIVERA. ¡Y pronto!...
MOZAMB. ¡Calma, señó!...
Tomó su baño de leche,
y luego en un mesedó
á niña Belen yevaron
el macuá y el simarron
á que la pinte las cane
Mandinga en el tocadó.
RIVERA. ¿Y quién é mandinga? (Remedándole.)
MOZAMB. ¡Toma!...
una mosa de coló.
No sa vito guachinanga
que tenga pinsé mejó.
Mojando en sei botequine
y una poca de coló,
pone con su manesica
á su mesé como un sol.
Ahora con la boca nueva
que el dentita la metió,
y el burto que el otopédico
llama *derrier polison*,
dará gorpe á su mesede
por eta cruse, señó.
RIVERA. Pues china tiene mas piezas
que un juego de dominó.
AURORA. ¿Y tú le has contado?...

MOZAMB. ¡Todo!...
y de furia marrojó
el tabaco que fumaba
y ma hecho aqui un chicharron. (Señalando.)
LUIS. ¡Ya llega!... (Atisbando desde el fondo.)
RIVERA. Váyanse ustedes,
para hablar solos los dos.
(Vánse por la izquierda Aurora, Luis y Juan.)

ESCENA IX.

RIVERA y el MOZAMBIQUE van al fondo á recibir á DOÑA BELEN, que apoyada en el hombro de cada uno, viene hablando y gritando descompuesta, á sentarse en una butaca de primer término.

BELEN. ¡Niño Rivera, qué suto
me etá dando ese bibon!...
RIVERA. Sosiéguese usted, señora.
BELEN. ¡Es un ingrato!...
RIVERA. ¡Por Dios!...
BELEN. ¿Quién le ha mantenio siempre
y po quién es hoy señó?...
MOZAMB. Niña Belen, si se altera,
le vá á dá la convulsion.
RIVERA. Mira, vete, Mozambique:
siéntate en el comedor,
y que te den, de mi parte,
una botella de rom.
MOZAMB. ¿Me voy, ama?
BELEN. Si, moreno,
pero no te beba dos. (Váse Mozambique.)
RIVERA. ¡Llega usté á tiempo, señora,
y tendrá su expiacion!...
BELEN. ¡Es un tunante!... ¡es un piyo!... (Gritando.)
yame uté al gobernadó
y que en presidio le meta
pa que no le vea yo.
RIVERA. Los instantes son preciosos.
BELEN. E que...
RIVERA. ¡Silencio, por Dios!... (Gritando.)
BELEN. ¡Ay qné bravo que etá el niño!... (Acobardada.)

RIVERA. (¡Me llama niño el jamon!...)
BELEN. Hable uté.
RIVERA. ¿Y ese viaje?...
BELEN. Mendosa me lo mandó,
pa casarnos en Italia.
RIVERA. ¡Qué bajeza!... ¡qué traicion!...
BELEN. ¡Si no se casa conmigo!...
¡ay!... ¡depué que me arruinó!... (Afligida.)
RIVERA. ¡Silencio!... ¡que no lo sepa!...
no conviene.
BELEN. No señó:
se casa po que le he dicho
que tengo ma de un miyon;
pero é mentira!... ¡Rivera
que todo me lo comió!... (Gimiendo.)
Y si con él no me caso,
sin mas amparo que Dió,
¿qué haré?... ¡Tocá la guitarra
á la pueta de un figon!...
RIVERA. (¡Esta infeliz me interesa
despues de todo!...
BELEN. Señó. (Levantándose.)
RIVERA. ¿Y tiene usted documentos,
papeles en su favor,
que á Mendoza comprometan?
BELEN. Y lo traigo á prevension. (Sacando un rollo.)
Cuando Francisco Mendosa
Pancho Mendes se yamó,
fué encausado en Puerto Prínsipe
por un crímen muy atrós.
¡De morir en una cársel
mi dinero le salvó!
¡Yo compré eto papelito,
que serán su perdision,
si desentierro la causa!...
Pero uté lo hará mejó. (Dándoselos.)
LUIS. Rivera, Mendoza llega. (Desde el fondo.)
RIVERA. ¡Esta es nuestra salvacion! (Con los papeles.)
¡Entre usted hasta que le hable!
BELEN. ¡Niño mio, cásanos!... (Entra en la derecha.)
RIVERA. ¡Oh... cargará con el muerto,
ó poco he de poder yo!...

ESCENA X.

RIVERA, MENDOZA, LOLA, RITA, D. TIMOTEO, vecinas y vecinos por el fondo. AURORA, LUIS, D. JUAN, por la izquierda. Luego DOÑA BELEN, apoyada en el MOZAMBIQUE, por la derecha.

MEND. Entren ustedes, señores.
Á los pies de usted, Aurora.
RIVERA. Hoy tu suerte bienhechora
te vá á colmar de favores.
MEND. Aquel pasado disgusto
sintiendo esta señorita,
á ustedes todos invita
para su boda.
RIVERA. Es muy justo.
MEND. Firmaremos el contrato,
que ya estará prevenido,
y daremos al olvido
aquel fugaz arrebato.
Y no habrá mayor defensa
para mi satisfaccion,
que ver la reparacion
cuantos han visto la ofensa.
LOLA. (Mírala, ¿quién lo diria?
¡qué fresca parece estar!
RITA. (¡Por tal bochorno pasar!...
¡Yo en su puesto, me moria!)
RIVERA. Tan justa reparacion
yo la celebro y la acato,
sin mas que hacer al contrato
una leve alteracion.
En vez del nombre de Aurora,
que habrás mandado escribir,
se debe sustituir
el nombre de otra señora.
LOLA. (¡No comprendo tales trampas!)
RIVERA. Hoy su mano te dará
doña Belen Panamá,
vizcondesa de las Pampas. (Presentándola.)
MEND. ¿Qué veo?

RIVERA. No se te suba
la sangre y te turbe el seso.
(¿Te acuerdas de aquel proceso
que te formaron en Cuba?
Pues mira, está en mi poder.)
(Abriéndose la solapa.)
MEND. (¡Soy perdido!...)
RIVERA. ¡Pobre hombre!
(Pancho Mendez es tu nombre,
calla ó te mando prender.)
MEND. (¡Pero don Juan!...)
RIVERA. (Te rechazo
todo lo que intentes yo:
y que tú quieras ó no,
le darás un mes de plazo.)
MEND. (¡Oh, que salvarme no pueda!...)
RIVERA. (Y pobre como yo estás:
tus deudas suben á mas
que el dinero que te queda.)
Y aqui se celebra ahora
otro afortunado enlace.
(Calle usted si no le place!...) (Á D. Juan.)
El tuyo, Luis, con Aurora.
¡Y no temas á la curia!...
BELEN. (¿Se casará?) (Á Rivera.)
RIVERA. (No resiste.)
Que ya Mendoza desiste
de su demanda de injuria.
(La mujer que dá en reirse (Á Belen.)
de este mundo, y libre siendo,
pasa la vida creyendo
con los hombres divertirse,
goza, por todo atropella,
y al llegar á vieja, vé
que los hombres son los que
se han divertido con ella.)
(Caros pagas tus excesos, (Á Mendoza.)
mas no cuentes sus arrugas;
te comiste las pechugas
y ahora cargas con los huesos.
Que este fin suele tener,
siendo audaz, jóven y fuerte,

el hombre que se convierte
en amante de alquiler.)

BELEN. ¿Mozambique?

MOZAMB. ¿Niña yama?

BELEN. Si, moreno.

(Váse Belen, apoyada en Mendoza y el Mozambique.)

JUAN. ¡Mande, exija
quien al padre y á la hija
(Dando la mano á Rivera.)
salvó de esta infame trama!...

LUIS. ¡Un abrazo!... ¿De qué modo
agradecerte podremos?... (Á Rivera.)

AURORA. ¡Oh, Rivera!... ¡á usted debemos
felicidad, honra, todo!...

RIVERA. Su placer no se me oculta
y contento está Rivera,
si de esta leccion severa
alguna verdad resulta.
Pensemos que todavia,
en palacios como en chozas,
por fortuna, los Mendozas
no componen mayoria.
Dios, fuente de bienes llena,
que opuso en su amante afan
el águila al gavilan
y el leon noble á la hiena;
Dios, que en el mundo lanzó
muchos hombres corrompidos,
hizo para esos perdidos
los tunantes, como yo. [1]

---

1 En vez de estas dos redondillas, escribí las dos siguientes, suprimidas por el Censor, con el sólo criterio de su voluntad omnímoda: ellas resumian el pensamiento de la comedia, que es de una moralidad intachable.

Y asi como, en buena ley,
mas vale ante el mundo entero
la mujer de un carbonero
que la querida de un rey,
tambien mas vale en conciencia

el mendigo con honor,
que el que goza sin rubor
de una anónima opulencia.

FIN DE LA COMEDIA.

Á LAS COMPAÑÍAS DE PROVINCIAS.

Los tipos de Doña Belen y el Mozambique, deben representarse en cierto tono monótono, con altisonancias y gritos guturales extemporáneos y la fisonomia poco movida, imitando en lo posible la manera de hablar que suelen tener en América. El traje de Rivera debe revelar al antiguo militar de maneras francas y desenvueltas, pero de muy buen tono. Mendoza, siempre fastuoso, con cruces y condecoraciones extranjeras.

Doña Belen no debe salir nunca sin apoyarse en el hombro de su lacayo, para sentarse en seguida en una butaca. El Mozambique, en traje de lacayo elegante, con corbatin blanco, cinturon por fuera de la levita, y botas de campana.

Despues de la censura puesta en las primeras páginas, aparece esta adicion en el ejemplar remitido al teatro.

Tanto la variacion del nombre de uno de los personajes como las supresiones y las enmiendas estan hechas de acuerdo con el Autor. (Rúbrica del Censor.)

Por no haber encontrado en esta comedia el Sr. Censor de Teatros nada contrario á la religion, á la moral ni á las instituciones, ha permitido su representacion. Pero imaginando descubrir alusiones á personas determinadas, sin la menor sombra de razon y verdad, me ha impuesto supresiones y tachaduras y enmiendas, contra las cuales protesto con toda la fuerza de mi buen derecho.

Puesto que la amistad con que me honra el Sr. Ferrer del Rio no le ha impedido tratar sin misericordia mi comedia, permítame que, ínterin acudo á la imprenta para demostrar la injusticia con que ha procedido, consigne en esta advertencia que, si el Sr. Ferrer continúa ejerciendo no discrecional sino arbitrariamente su censura, como lo ha hecho con *La córte de los milagros*, muy pronto eclipsará la poco envidiable gloria del Padre Carrillo.

Cuatro dias antes de Noche Buena, no tenia tiempo para pleitear con el Censor. Protesté verso por verso, palabra por palabra. Tal ha sido el acuerdo entre el señor Ferrer del Rio y yo.

Como la censura se entiende solo para los efectos de la representacion, publico mi obra como la escribí, por mas que los teatros de provincias deban atenerse exclusivamente á lo dispuesto por el Censor.

Madrid 30 de diciembre de 1862.

José Picon.

rta y María.
lrid en 1818.
lrid á vista de pájaro.
l sobre hojuelas.

ro y Blanco.
guno se entiende, ó un hom-
e tímido.
leza contra nobleza.
es todo oro lo que reluce.

mpia.

pósito de enmienda.
car á rio revuelto.
ella y por él.
a heridas las de honor, ó el
sagravio del Cid.
la puerta del jardin.
eroso caballero es D. Dinero.
ados veniales.
mio y castigo, ó la conquis-
ta de Ronda.

e convido al Coronel!...
en mucho abarca.
é suerte la mia!
ién es el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro *(Patron de Madrid.)*
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un si y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

gélica y Medoro.
nas de buena ley.
ual mas feo.

vevina la Gitana.
pido y Marte.
iro y Flora.

Sisenando.
ha Mariquita.
l Crisanto, ó el Alcalde pro-
edor.

Bachiller.
doctrino.
ensayo de una ópera.
calesero y la maja.
perro del hortelano.
Ceuta y en Marruecos.
leon en la ratonera.
último mono.
redos de carnaval.
delirio (drama lírico.)
Postillon de la Rioja *(Música)*
Vizconde de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. *(Música.)*
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. *(Música.)*
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera *(Música)*
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. *(Música.)*

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

Direccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, to segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcia	Hered. de Andrion.
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijos.
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.